

4265

W. 367/100/100

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL DIABLO EN EL PODER.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, num. 9.

1856.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	<i>Perez.</i>	<i>Motril.</i>	<i>Ballesteros.</i>
<i>Alcoy.</i>	<i>V. de Marti é hijos.</i>	<i>Manzanares.</i>	<i>Acebedo.</i>
<i>Algeciras.</i>	<i>Almenara.</i>	<i>Mondoñedo.</i>	<i>Delgado.</i>
<i>Alicante.</i>	<i>Ibarra.</i>	<i>Orense.</i>	<i>Robles.</i>
<i>Almeria.</i>	<i>Alvarez.</i>	<i>Oviedo.</i>	<i>Palacio.</i>
<i>Aranjuez.</i>	<i>Prado.</i>	<i>Osuna.</i>	<i>Montero.</i>
<i>Avila.</i>	<i>Rico.</i>	<i>Palencia.</i>	<i>Gutierrez é hijos.</i>
<i>Badajoz.</i>	<i>Orduña.</i>	<i>Palma.</i>	<i>Gelabert.</i>
<i>Barcelona.</i>	<i>Viuda de Mayol.</i>	<i>Pamplona.</i>	<i>Barrena.</i>
<i>Bilbao.</i>	<i>Astuy.</i>	<i>Palma del Rio.</i>	<i>Gamero.</i>
<i>Burgos.</i>	<i>Hervias.</i>	<i>Pontevedra.</i>	<i>Cubeiro.</i>
<i>Caceres.</i>	<i>Valiente.</i>	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Cádiz.</i>	<i>V. de Moraleda.</i>	<i>Maria.</i>	<i>Valderrama.</i>
<i>Castroiruales.</i>	<i>Saenz Falceto.</i>	<i>Puerto-Rico.</i>	<i>Marquez.</i>
<i>Córdoba.</i>	<i>Lozano.</i>	<i>Reus.</i>	<i>Prins.</i>
<i>Cuenca.</i>	<i>Mariana.</i>	<i>Ronda.</i>	<i>Gutierrez.</i>
<i>Castellon.</i>	<i>Gutierrez.</i>	<i>Sanlucar.</i>	<i>Esper.</i>
<i>Ciudad-Real.</i>	<i>Arellano.</i>	<i>S. Fernando.</i>	<i>Meneses.</i>
<i>Coruña.</i>	<i>García Alvarez.</i>	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	<i>Muñoz Garcia.</i>	<i>nerife.</i>	<i>Ramirez.</i>
<i>Chiclana.</i>	<i>Sanchez.</i>	<i>Santander.</i>	<i>Laparte.</i>
<i>Ecija.</i>	<i>Garcia.</i>	<i>Santiago.</i>	<i>Escribano.</i>
<i>Figuerras.</i>	<i>Conte Lacoste.</i>	<i>Soria.</i>	<i>Rioja.</i>
<i>Gerona.</i>	<i>Dorca.</i>	<i>Segovia.</i>	<i>Alonso.</i>
<i>Gijon.</i>	<i>Sanz Crespo.</i>	<i>S. Sebastian.</i>	<i>Garralda.</i>
<i>Granada.</i>	<i>Zamora.</i>	<i>Sevilla.</i>	<i>Alvarez y Comp.</i>
<i>Guadalajara.</i>	<i>Oñana.</i>	<i>Salamanca.</i>	<i>Huebra.</i>
<i>Habana.</i>	<i>Charlainy Fernz.</i>	<i>Segorbe.</i>	<i>Clavel.</i>
<i>Haro.</i>	<i>Quintana.</i>	<i>Tarragona.</i>	<i>Aymal.</i>
<i>Huelva.</i>	<i>Osorno.</i>	<i>Toro.</i>	<i>Tejedor.</i>
<i>Huesca.</i>	<i>Guillen.</i>	<i>Toledo.</i>	<i>Hernandez.</i>
<i>Jaen.</i>	<i>Idalgo.</i>	<i>Teruel.</i>	<i>Castillo.</i>
<i>Jerez.</i>	<i>Bueno.</i>	<i>Tuy.</i>	<i>Mart. dela Cruz.</i>
<i>Leon.</i>	<i>Viuda de Miñon.</i>	<i>Talavera.</i>	<i>Castro.</i>
<i>Lérida.</i>	<i>Zara y Suarez.</i>	<i>Valencia.</i>	<i>Moles.</i>
<i>Lugo.</i>	<i>Pujol y Masia.</i>	<i>Valladolid.</i>	<i>Hernainz.</i>
<i>Lorca.</i>	<i>Delgado.</i>	<i>Vitoria.</i>	<i>Galindo.</i>
<i>Logroño.</i>	<i>Verdejo.</i>	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Loja.</i>	<i>Cano.</i>	<i>trú.</i>	<i>Magin Beltran y</i>
<i>Málaga.</i>	<i>Cañavate.</i>		<i>compañia.</i>
<i>Mataró.</i>	<i>Abadal.</i>	<i>Ubeda.</i>	<i>Treviño.</i>
<i>Murcia.</i>	<i>Hermanos de An-</i>	<i>Zamora.</i>	<i>Calamita.</i>
	<i>drion.</i>	<i>Zaragoza.</i>	<i>V. Andrés.</i>

99-80

247-5042
W. 367/10/11

EL DIABLO EN EL PODER.

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

D. FRANCISCO CAMPRDON.

PUESTA EN MÚSICA

POR EL MAESTRO

D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1956.

EL DIABLO EN EL PODER

ORIGINAL Y EN VERSO

D. FRANCISCO CAMPRDON

La propiedad del libreto de esta zarzuela, la del de Los Diamantes de la Corona, El Dominó Azul, de Guerra á Muerte, de Marina y de El Vizconde y la de los dramas Flor de un día y Espinas de una flor, pertenece á D. Francisco Camprdon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la Galeria lirico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.

MADRID

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 7.

Al Señor Don Jaime Safont,

*Como muestra de cariño, gratitud y
buena correspondencia de su cariño,*

El Autor.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELISA DEMONTELLANO.	STA. VALENTIN.
ENRIQUETA DE UBILLA.	STA. FLORES.
LA PRINCESA DE LOS URSINOS.....	SRA. SANTAMARIA.
EL CONDE DE MONTE- LLANO.....	SR. CALVET.
EL CONDE DEL SAUCE..	SR. CALTAÑAZOR.
D. ANTONIO DE UBI- LLA.....	SR. CARBONELL.
AUVIGNI.....	SR. CUBERO.
EL CAPITAN DE GUAR- DIAS.....	SR. N. N.
LA PORTERA DE LAS MONJAS.....	SRA. SORIANO.
EL PORTERO DEL CON- VENTO:.....	SR. RODRIGUEZ.
UN CABALLERO.....	SR. N. N.
UN UJIER.....	SR. N. N.

Educandas.—Alguaciles.—Damas.—Caballeros y guardias de la corte.

La escena pasa en Madrid á principios del reinado de Felipe V.—El primer acto en los claustros de un convento : el segundo y tercero en la antecámara del Rey.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la parte exterior de los arcos del claustro: encima de los arcos se verán las ventanas con reja y celosia, que se supone ser habitacion de las educandas: habrá una sin celosia y en ella una maceta con un clavel; habrá debajo un grande árbol, que será cómodamente practicable: al pié del árbol se verá un confidente de piedra para dos personas; galeria de claustro desde la embocadura al fondo de la derecha del actor, al fin de la cual hay una puerta que se supone ser la que comunica con la iglesia. En el primer plano de la derecha la puerta grande que se supone ser la entrada de la calle al claustro. En el primer plano de la izquierda otra puerta menor, que se supone ser la entrada desde el claustro al interior del convento.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece el PORTERO barriendo el patio y componiendo los tiestos, etc., etc., etc.

PORTERO. ¡De qué me sirve barrer dos ó tres veces al dia, si al cabo de mi trabajo sale ese enjambre de chicas

y todo lo que yo arreglo
me lo dejan hecho trizas!
¡Paciencia, cómo ha de ser!
Si no fueran las propinas,
no pagára el ser portero
todo el oro de las Indias.
¡Y qué traviesas son todas!
y hay algunas tan bonitas,
tan... apetitosas, ¡tan....
Ave Maria Purísima!
Vamos á tocar á asueto,
porque luego me pellizcan,
y abandonemos el patio
á la invasion femenina.
(Toca la campana y váse.)

MUSICA.

CORO DE EDUCANDAS. (Dentro.)

Vamos á correr,
vamos á jugar,
cada cual se vaya
con su cada cual.

(Salen Elisa, Enriqueta y coro de educandas dividido en tres grupos; las del primero de edad de quince á veinte años se colocan á un lado de la escena y cuchichean entre sí: las del segundo de edad de diez á quince años provistas de pesitos hechos de cañas y cáscaras de naranja, se colocan al otro lado de la escena y juegan á comprar y vender: las del tercero, de edad de ocho á diez años, se colocan en el centro de la escena, y formando rueda juegan cantando y girando segun indican los versos. Elisa y Enriqueta no participan de la animacion general y hablan entre sí, separadas de sus compañeras. En todo este cuadro reinará la mayor animacion.)

SEG. CORO. UNAS. Pare usted aqui,

- véngame á comprar,
que en mi tenderefe
todo lo hallará.
- OTRAS. Vamos, pues, á ver
si buen peso da;
véndame dos cuartos
de lechuga y pan.
- PRIMER CORO. Es insufrible martirio,
es inaudita crueldad
que á los galanes en misa
nunca nos dejen mirar.
Una no quiere ser monja,
y es natural á esta edad
el preferir á las madres
el requebrar de un galán.
- TERCER CORO. La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar
con el conde, conde de Cabra,
conde de Cabra de esta ciudad.
Yo no quiero al conde de Cabra,
conde de Cabra, ¡triste de mí!
yo no quiero al conde de Cabra,
conde de Cabra, sino es á tí.
- TODAS. Vamos á correr,
vamos á jugar,
cada cual se vaya
con su cada cual.
- (Cesan de jugar las Educandas y acercándose á Elisa y Enriqueta dicen.)*
- TODAS. Querida Elisa, linda Enriqueta,
¿qué estais haciendo que no jugais?
- ELISA. Al separarme de entre vosotras
me oprime el alma hondo pesar.
- CORO. Si yo mañana salir pudiera
no volvería nunca jamás.
- ELISA. Con sus juegos y sus flores
esta mansion
desde mis primeros años
me cobijó.
La pureza de este ambiente
tan dulce me es,
que al salir de sus umbrales

yo lloraré.
En qué consiste
yo no lo sé,
pero quisiera
quedarme en él.
CORO. Si yo pudiera,
con qué placer
le diera al claustro
un puntapié.

En coche régio, cual noble dama,
tú irás al prado de San Fermin,
y de tu padre, que tanto te ama,
los grandes bailes á presidir.
Como eres bella, como eres noble,
grandes y chicos te mimarán,
y hasta el rey don Felipe de España
tu gracia y encantos irá á celebrar.
ELISA. No creáis que en las fiestas y goces
mi grato convento yo vaya á olvidar.

Las canoras avecillas
al despertar
en los hierros de mi reja
cantando estan;
y murmuran á mi oído
ecos de amor
que entendemos solamente
ellas y yo.
Cuando yo salga
de este lugar,
¿quién en mi oído
murmurará?
CORO. En los salones
algun galán
mucho mas claro
te lo dirá.

ESCENA II.

DICHAS y la PORTERA, que asoma la cabeza por la portezuela.

HABLADO.

PORTERA. Señoritas! Señoritas!
á cantar vísperas luego:
solo Elisa y Enriqueta
quedan exentas del rezo.
Vivo, que ya han empezado.

UNA ED. (¡Qué fastidio tan eterno!)

PORTERA. Sobre todo, compostura
y humilde recogimiento.
Domine labia mea aperies.
(Las Educandas dirigiéndose hácia el convento.)

EDUC. *Et os meum nuntiabit laudem tuam.*

UNA. (¡Ay, qué día será aquel
que peguen fuego al convento!)

PORTERA. *Deus in adiutorium meum intende.*

EDUC. *Domine ad adjuvandum me festina.*

ESCENA III.

ELISA, ENRIQUETA

ENRIQ. ¿Es posible, Elisa mía,
que estés de tan mal humor
en la víspera solemne
de dar al claustro un adiós?

ELISA. ¿Qué quieres? á mí me gusta
y me divierte.

ENRIQ. A mí no.

Estoy harta hasta las cejas
de tanto *Kirie-eleison*.

ELISA. Cada una tiene su genio.

ENRIQ. Calla, tonta, ¿no es mejor
el baile, el coche, el paseo
y la simpática voz

- de un galán que te eche flores?
ELISA. ¿Tú lo prefieres?
ENRIQ. ¿Quién, yo?
me estoy muriendo de ganas
de que me hagan el amor.
ELISA. ¡Qué cosas dices!
ENRIQ. Las cosas
que nos dicen en sermón.
«Vosotras sois la esperanza
de la viña del Señor;»
y aquí maldito si hay viña,
bebemos agua.
ELISA. No son
tan santas, como tú crees,
mis ideas.
ENRIQ. ¿Con que no?
¡Ah picarilla! confiesa
¿Quién es él?
ELISA. Baja la voz:
él, es un joven apuesto
que ha tres meses se ausentó
y que rondaba estos claustros
hasta la puesta del sol,
mirándome siempre fijo;
con una tierna afición
que no me dejaba duda
de que me tenía amor.
ENRIQ. ¿Te lo dijo?
ELISA. No.
ENRIQ. ¿Pues cómo
lo sabes?
ELISA. Me lo escribió.
ENRIQ. ¿Y recibiste la carta?
ELISA. ¡Qué injusta suposición!
¿Me crees á mi capaz?...
No la recibí; él la echó
con una piedra á mi celda,
y yo con un miedo atroz,
la recogí... y la leí...
y la guardé...
ENRIQ. Justo, no
puede una hacer menos que eso:

- Ego te absolbo.*
- ELISA. ¡Y qué amor
tan puro pintaba en ella!
Segura, Enriqueta, estoy
que aquellas sentidas frases
se las dictó el corazón.
Y ya tú ves, á su vuelta,
porque él me lo prometió,
¡qué grande va á ser su pena
cuando vea que no estoy!
- ENRIQ. Hija ¿no ha de tener lengua
para buscarte?
- ELISA. ¿Y sé yo
si en la casa de mi padre,
siendo ministro... (*Empieza á oscurecer.*)
- ENRIQ. Aprension:
Él sabrá buscarse entrada
si es un hidalgo de pró!
¡Ay! ¡Quién tuviera otro padre
ministro!
- ELISA. ¿Por qué razon?
- ENRIQ. Porque veo un rubio en misa
que así que al altar mayor
salimos, él se arrodilla,
y hecho el pobre un San Anton,
no me quita ojo de encima;
si yo toso, le dá tos,
y apuesto á que el pobrecillo
me dice con la intencion:
»Niña, yo te rezo á tí
en vez de rezar á Dios.»
- ELISA. ¿Y qué tal es?
- ENRIQ. Me parece
que no ha sido el inventor
de la pólvora.
- ELISA. ¿Y te gusta
un hombre así?
- ENRIQ. ¿Por qué no?
¿Es acaso el ser marido
oficio de Salomon?
- ELISA. Pues bien, si quieres mañana
le pediré por favor

á mi padre que te deje
venir conmigo, y las dos...
(*Voces en la puerta grande por la parte de
afuera entre el portero y el Conde del Sauce.*)

PORTERO. Digo que no puede entrar.

CONDE. ¿Y por qué no?

PORTERO. Por que no.

ELISA. Vamos adentro, que hay riña. (Vánse.)

PORTERO. ¿Pero, señor, no escuchó
que aquí solo entran los padres
y hermanos?

CONDE. Pues voto á brios!

ESCENA IV.

PORTERO y el CONDE DEL SAUCE. *en traje de hidalgo
pobre.*

PORTERO. Vaya fuera el importuno.

CONDE. Cierre el pico el cancerbero
que voy á darle dinero...
asi que tenga yo alguno.

PORTERO. ¿A mí con ofensa tal?
eche el menguado á correr.

CONDE. Eso no pasa de ser
un insulto personal:
lo rechazo.

PORTERO. ¿No escuchó
que no puede entrar aquí?

CONDE. Yo le digo á usted que sí.

PORTERO. Pues yo le digo que no.

CONDE. Oiga usted.

PORTERO. ¡Vaya un capricho!

CONDE. Cuando uno está sin dinero
¿qué debe hacer?

PORTERO. Lo primero...

Pues... buscarlo.

CONDE. Tú lo has dicho.

Veo que en esta ocasion
el instinto te ilumina. (*Va oscureciendo mas.*)

PORTERO. ¿Hay por aquí alguna mina?

CONDE. Este claustro es el filon.

- PORTERO. ¿De veras? Voy por un pico.
- CONDE. Cierra el tuyo y sé discreto,
que si guardas el secreto
seré rico y serás rico.
- PORTERO. ¿Con que es decir?..
- CONDE. Ni un vocablo
pretendas sacar de mí,
porque va á venir aquí...
- PORTERO. ¿La madre priora?
- CONDE. El diablo.
- PORTERO. Lo rechazo, yo no quiero
contribuir á esa trama.
¡Oiga! ¿Y cómo se le llama
(Cambiando de tono.)
para que traiga dinero?
- CONDE. Se pronuncia cierto rezo
al apagarse las luces...
- PORTERO. Pues voy á tapar las cruces
para que no halle *trompiezo*. (Vase.)

ESCENA V.

El Conde del Sauce solo.

¡Con qué insolente cinismo
ansia el oro ese mortal!
quiere atesorar caudal:
los dos queremos lo mismo.
A impulso de la miseria
se marchitan mis amores,
(Saca un libro viejo del bolsillo.)
¿A ver lo que los autores
han escrito en la materia?
«Bienes y felicidad (Lee.)
dando al diablo el alma.» ¡Quedo!
¡Me infunde este libro un miedo...
de que no sea verdad!
Y es difícil que se amolde
el diablo á mi voluntad:
y ello debe ser verdad:
aquí está en letra de molde.
¿Y por qué no? ¿Quién penetra
de la ciencia la extension?

Nada de vacilacion, (*Noche y luna.*)
cúmplase al pié de la letra.
Y aunque el espíritu impuro
haga conmigo un desmoche,
en cuanto cierre la noche
yo voy á hacer el conjuro.
Diz que para que el intento
surta su efecto mejor,
se haga cerca nuestro amor
en los claustros de un convento.
Héteme aquí pues, sirena,
de quien ando enamorado,
si tu Conde es condenado,
tu amor es quien le condena.
(*Oyese ruido de cuchilladas.*)

CONDE. ¿Qué es esto?
VOCES. (*Dentro.*) ¡Favor al rey!
CONDE. ¿Daré favor?.. No señor;
no está escrito en el autor
que es el texto de la ley.
Irme á la iglesia prefiero,
pues si yo al rey ayudase
puede ser que me quedase
cojo ó tuerto y sin dinero.
(*Váse por la puerta de la iglesia.*)

ESCENA VI.

MONTELLANO y UBILLA, *envainando.*

CANTO.

MONT. Mil gracias, mancebo,
por vuestro valor:
la espada os abona,
sois hombre de pró.
UBILLA. De cara al peligro
do quiera que voy
no hay riesgo que tuerza
mi paso veloz.
Con alma enamorada
y espada al cinto, entré en Madrid,

buscando á mi adorada
y espadachines con quien reñir:
os hallo en la contienda
que os defendiais de aquellos seis,
eché por la tremenda
y á cuchilladas los dispersé.
En salvo estais, y yo cumplí
cual caballero que espada al cinto
entra en Madrid.

MONT. Os doy las gracias, noble mancebo,
por ese arranque tan varonil,
y hareis fortuna, si en esta villa
sois tan discreto como adalid.

UBILLA. Mi negra fortuna
no tiene bondades,
ni al bien que idolatro
feliz puedo hacer.
Mas sé luchar
y he de vencer,
y si no logro triunfar
sabré amando perecer.

MONT. No os dé pena alguna
de sus veleidades,
que al fin la fortuna
sabeis que es mujer.

Sabeis luchar,
sabreis vencer.

Para haceros buen lugar
basta solo con querer.

Si mañana al Buen Retiro
os quisieseis acercar,
este anillo os dará entrada,
y no os pese el ir quizás.

UBILLA. ¿Vuestro nombre, caballero?

MONT. Lo sabreis mañana allá.

UBILLA. Amor mi pecho inflama;

luchando por mi dama

Madrid será palenque

estrecho á mi valor.

Si en premio del combate

alcanzo yo á mi prenda,

la vida es pobre ofrenda

MONT. en cambio de su amor.
Si amor su pecho inflama
luchando por su dama,
Madrid será palenque
estrecho á su valor.
No hay bella que no acate
al bravo en la contienda,
si lauros da en ofrenda
en aras de su amor.

HABLADO.

MONT. ¡Hola!
PORTERO. ¿Señor?
MONT. ¿Ha venido
mi coche?
PORTERO. En la puerta está.
MONT. Bien. A mi hija ocultará
todo lo que ha acontecido. (Vánse.)

ESCENA VII.

UBILLA.

Brillante ha sido mi entrada:
salí del lance sin mengua,
y antes de mover la lengua
tuve que sacar la espada.
Niña, con valer escaso
vuelvo á tu reja rendido
á ver si tu amor ha sido
voladora ave de paso.
Perdona si me devora
la duda de tu querer;
¡se teme tanto perder
á la mujer que se adora!
Mas no, que esta sombra vana
que anublando el alma está,
tu rostro disipará.
Vamos á ver á mi hermana.

ESCENA VIII.

UBILLA, la PORTERA.

UBILLA. ¡Hermana Portera?
(Llamando á la puerta izquierda.)

PORTERA. ¿Quién?
(Asomando la cabeza por la portezuela.)

UBILLA. ¿Doña Enriqueta de Ubilla?

PORTERA. ¿Ya está de vuelta en la villa
su hermano? ¿Y qué tal?

UBILLA. Muy bien.

PORTERA. ¿Y dónde fué usted á parar?

UBILLA. En el pueblo de Villena:
una tierra donde hay pena
de la vida en preguntar.

PORTERA. ¡Jesus! ¡Qué cafres serán!

UBILLA. Mucho; pero os ruego...

PORTERA. Voy...

UBILLA. Gracias. Decid que la estoy
esperando con afán. (Vase dentro la Portera.)
Si no corto con mis modos
el preguntar las esponjas.
Está por ver una monja
que no charle por los codos.

ESCENA IX.

UBILLA, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¡Hermano mio!

UBILLA. ¡Enriqueta!

ENRIQ. ¿Cómo estás?

UBILLA. Como tú ves.

Tan lucido como estaba
el día en que me marché.
Pero siempre con buen ánimo.

ENRIQ. ¿Pues qué? ¿No te trató bien
el Conde?

UBILLA. Si tal: el pobre
hizo cuanto pudo hacer
por mí; y hasta en favor mio
escribió una carta al rey

encomiando mi talento
y mis trabajos con él;
y me encargó que al llegar
fuera á besarle los pies,
seguro de que el monarca
me recibirá.

ENRIQ. ¿Y por qué
te separas de su lado?

Allí podrías tal vez...

UBILLA. Porque murió, y con un muerto
queda muy poco que hacer.

Me trataba como á un hijo,

y tanto le cautivé,

que me nombró secretario,

y hasta puso en mi poder

todo su caudal y vínculo

para que yo se los dé

á un pariente tan lejano

que no le alcanza un lebrél.

Y héteme en Madrid de vuelta

á cumplir con honradez

la postrera voluntad

de mi bienhechor.

ENRIQ. ¿Y quién
es su heredero?

UBILLA. Un menguado
noble, cuyo título es
Conde del Sauce.

ENRIQ. ¡Qué suerte!

UBILLA. Mañana le buscaré.

ENRIQ. No desmayes: tú eres listo...

UBILLA. ¡Si vieras con qué placer
vuelvo á pisar este claustro!

ENRIQ. Como que yo estoy en él.

UBILLA. Justo. Ese es un motivo.

ENRIQ. ¿Y cuál otro puede haber?

UBILLA. ¿Ves esa reja?

ENRIQ. La veo.

UBILLA. Pues esa reja es la red
donde dejé el alma presa
cuando de aquí me ausenté
hace tres meses.

- ENRIQ. ¿Tres meses?
¡Calla! ¿Con que eras tú el que...
- UBILLA. Yo era el que todas las tardes
venia amante á ofrecer
al ángel que le habitaba
mi ardiente culto y mi fé.
¿La conoces?
- ENRIQ. ¡Qué pregunta!
¿Pues no la he de conocer?
Elisa de Montellano.
Como que ella misma fué
la que me puso al corriente.
- UBILLA. Bendita boca de miel.
¿Se acuerda?
- ENRIQ. ¿Que si se acuerda?
Y que te quiere muy bien.
- UBILLA. Discurre por Dios un medio
para que la pueda ver.
- ENRIQ. Ahora mismo me voy
en su busca, y la diré
que estás de vuelta, y que salga
á su reja.
- UBILLA. ¡Qué placer!
- ENRIQ. ¡Ah!..
- UBILLA. ¿Qué mas hay?
- ENRIQ. Que mañana
se va; y si quieres iré
á pasar algunos días
con ella.
- UBILLA. ¡No he de querer!
Mas á condicion de hablarla
siempre de mí.
- ENRIQ. La hablaré. (Vase.)

ESCENA X.

UBILLA solo.

CANTO.

(Que la luna alumbre si es posible, la reja
de Elisa y el árbol hasta fin del acto.)

En mi ausencia y en mis duelos,
prenda mia idolatrada,
cada estrella de los cielos
reflejaba tu mirada.

Y el rigor de mi fortuna
se templó pensando en tí.

Dulce, hechicera,
niña gentil,
que prisionera
vives aquí:
una vez, una,
di, niña, di,
si al brillar la luna
pensaste en mí.

Dime, niña, si el suspiro
del amante que te adora,
lo ha llevado á tu retiro
algun aura bienhechora.

Dime ¡oh bella! si las brisas
lo llevaron hasta tí.
Dulce, hechicera, etc.

ESCENA XI.

UBILLA y ELISA, *en la reja.*

UBILLA. ¿Por qué anduvisteis tardía?

ELISA. ¿Os tuve en desasosiego?

UBILLA. Me tuvisteis como al ciego
que anhela la luz del día.

ELISA. Pues yo, aunque tarde os veo
no por eso os doy enojos,
que cuando no os ven mis ojos
os ve siempre mi deseo.

UBILLA. Hechicera estais por Dios
y discreta hasta lo sumo.

ELISA. ¿De veras? Pues yo presumo
que lo estoy menos que vos.

UBILLA. Elisa, aquel que lejano
vive por vos y en vos piensa,
¿no merece en recompensa
una flor de vuestra mano?

ELISA. No sé si la mereceis.

- No hay mas que un clavel aqui.
¿Qué me dareis vos á mí?
- UBILLA. Mi vida, si la quereis.
- ELISA. ¿Vuestra vida? No por cierto.
- UBILLA. ¿No admitis el cambio?
- ELISA. No.
- UBILLA. ¿Por qué razon?
- ELISA. Porque yo
os quiero vivo y no muerto.
- UBILLA. ¿Y querreis ser tan cruel
de no otorgármela?
- ELISA. No.
- Ahí va. ¡Ay!
(*Al tirar el clavel se queda enredado en el árbol.*)
- UBILLA. ¿Qué?
- ELISA. Que se quedó
en el árbol.
- UBILLA. Voy por él.
- ELISA. ¿Qué vais á hacer?
- UBILLA. A subir. (*Sube al árbol.*)
- ELISA. Mirad que os vais á caer.
- UBILLA. No temais.
- ELISA. Que os pueden ver.
- UBILLA. Esto se hace sin sentir.
¿Creeis que al poder cogella
yo la fuera á abandonar?
Nunca, aunque debiera hallar
la muerte al subir por ella.
- ELISA. Yo tiemblo.
- UBILLA. Ya la pillé.
- ELISA. Bien, pero bajad con tiento.
- UBILLA. Siquiera ahora un momento
dejad que gracias os dé.
- ELISA. No, por Dios, bajad de prisa.
- UBILLA. Asi que os haya besado
la mano.
- ELISA. Eso es pecado.
- UBILLA. Yo cargo con él, Elisa.
- ELISA. Pues tomad.
- UBILLA. Dulce, hechicera...
- ELISA. Ved que abren la puerta: adios.

(Vase. En este momento abren la puerta chica del convento y sale la Princesa acompañada de Auvigni, y la Portera asoma la cabeza despidiéndolos.)

PORTERA. El cielo guarde á los dos.

UBILLA. Me quedé en la ratonera.

ESCENA XII.

La PRINCESA y AUVIGNI y UBILLA en el árbol.

PRINC. Y bien, ¿qué os ha parecido?

AUVIGNI. Princesa...

UBILLA. (¡Una princesa!)

AUVIGNI. Que es muy linda y que interesa.

PRINC. Y es además gran partido.

AUVIGNI. Señora, tantas mercedes...

PRINC. Hablemos un rato aquí,
porque en palacio, Auvigni,
oyen hasta las paredes.
(*Se sientan debajo del árbol.*)
El realizar la idea
á mi cargo quedará.

AUVIGNI. ¿Y el ministro accederá?

PRINC. Pues no!..

UBILLA. (No parece fea.)

PRINC. El ministro Montellano
ama el poder, Auvigni,
y por complacerme á mí
os concederá su mano.

UBILLA. (¡Su mano!)

PRINC. Porque estoy pronta
á quitarle la cartera
si no obra como yo quiera.

UBILLA. (Pues no es ni fea ni tonta.)

AUVIGNI. ¿Creeis?...

PRINC. Hoy mismo á mansalva
puedo imponerle la ley.

AUVIGNI. ¿Cómo?

PRINC. Con que sepa el rey
la batalla de Peñalva.
Montellano es quien mandó,

- contra la opinion real,
arriesgar la accion fatal
que se ha dado y se perdió.
El pliego que os dí á guardar
es el parte que ha llegado;
tenedlo muy reservado,
que aqui no hay de quien fiar.
- AUVIGNI. Con todos vuestros encargos
esta tarde lo melí.
- PRINC. En esta España, Auvigni,
no bastan los ojos de Argos.
De Felipe la arrogancia
amenudo se revela
por sacudir la tutela
de Luis catorce de Francia;
y solo á fuerza de tino
se le puede adormecer
para ejercer el poder.
(Bueno es saber el camino.)
- UBILLA. Pero firme en la demanda
á todos los sometí.
- AUVIGNI. Como que mandais aqui.
- PRINC. No: Luis catorce es quien manda.
Por tabla sucede asi;
Felipe es quien da la ley;
la reina manda en el rey;
yo en la reina y Luis en mí.
Y para que esa influencia
nadie pueda sorprender,
he puesto en vuestro poder
toda mi correspondencia.
Un registro, un enemigo
me la podria quitar,
y no cesé de temblar
mientras la tuve conmigo.
Ved que ni la luz del sol
la alcance.
- AUVIGNI. Segura está!
- PRINC. Felipe mucho tiempo ha
que quiere ser español;
y si por extraña ley
creyese estar dominado

vierais en él sublevado
todo su orgullo de rey.
Y entonces de la caída
nos llegaría la hora.

AUVIGNI. Vuestros papeles, señora,
me importan mas que la vida.
Prospero con vuestro brillo.

PRINC. Temo un robo.

AUVIGNI. ¿Y quién los roba?

enterrados en mi alcoba
debajo el tercer ladrillo,
ni el mismo diablo es capaz
de sospechar su existencia.

PRINC. Va en ello nuestra influencia.

AUVIGNI. Señora, vivid en paz.

Hasta hoy, por propio interés
no lo he dicho, ni aun á vos:
hoy lo sabemos los dos.

UBILLA. (Mentira, que somos tres.)
(Sale el Conde embozado.)

PRINC. ¡Escuchad!.. ¿No habeis notado
como un rumor de pisadas?

AUVIGNI. Ciertó: al fin de esas arcadas
se divisa un embozado,
de aspecto nada propicio;
¿quereis ir al coche?

PRINC. Si. (Vánse.)

UBILLA. (¿A que me tienen aqui
hasta el dia del juicio?)

ESCENA XIII.

El CONDE DEL SAUCE y UBILLA.

CONDE. Una mujer con un socio
en sabrosa compañía,
¿y á oscuras? Apostaría
á que el diablo hizo negocio.
Tengo un miedo que me sobra:
apenas tenerme puedo.
Voto vá! ¿Quien dijo miedo?
Ea, manos á la obra.

CANTO FINAL

- CONDE. Dicen que en sábado
cualquiera prójimo
al mal espíritu
puede evocar.
Ea, pues, ánimo;
firme é impertérrito
al rey del Tártaro
voy á llamar.
Un noble sin dinero
te invoca con afán.
¡Satan! ¡Satan!
acude á un caballero
que está como un Adán.
- UBILLA. (Valiente majadero
parece ese galán.)
- CONDE. Pues se hace el sordo
el perillan.
Vuelta otra vez,
aunque dure el conjuro
hasta las diez.
A tus altares viene
pidiendo el nuestro pan,
Satan, Satan,
un español que tiene
mas bríos que Roldán.
¿Tendrás piedad de mí?
- UBILLA. Si.
- CONDE. ¡Ay! respondió.
Palabra, sangre y aliento
se me cuajó.
(*Ubilla baja de un brinco y embozado.*)
- UBILLA. Diga el mancebo qué quiere
y á qué me viene á llamar.
- CONDE. Venderte el alma quisiera.
- UBILLA. No doy por ella un real.
- CONDE. Yo soy de estirpe preclara,
Conde del Sauce además.
- UBILLA. ¡Cielos! Topé con el necio
que debe al Conde heredar.)

- Puedes decir tu demanda.
 CONDE. Voy mi demanda á entablar
 Una beldad me conmueve
 y su marido
 quisiera ser;
 y aunque el demonio me lleve
 tengo sed de oro
 y de mujer.
- URILLA. Rico te haré muy en breve,
 sin que tu alma
 debas vender.
 Para que el diablo te lleve
 tendrás de sobra
 con tu mujer.
- CONDE. Os doy las gracias:
 me haceis feliz.
 ¿Qué es lo que en cambio
 quereis de mí?
- UBILLA. Que en cualquier parte
 donde yo esté
 sumiso debes
 obedecer.
- CONDE. Sumiso espero
 que me mandeis.
 (Ap.) ¡Qué fino, qué atento,
 qué buena educacion!
 Si el diablo fuera hembra
 le haria yo el amor.
 Me hechiza, me encanta
 su trato angelical:
 de hoy mas será el diablo
 mi numen tutelar.
- UBILLA. (Ap.) Si logro á este necio
 poner en situacion,
 quizás por su medio
 alcance algun favor.
 Si surgen tropiezos
 mi amor los vencerá,
 pues tengo á mi bella
 por ángel tutelar.
- Cercano bullicio paréceme oír
 de turba crecida que viene hácia aqui.

ESCENA XIV.

DICHOS y CORO DE ALGUACILES *en grupo desde la puerta, con linternas.*

- CORO. Los villanos que al ministro
atacaron con vigor
en la puerta del convento,
este par sin duda son.
- CONDE. De esta vez se me figura
que nos prenden á los dos.
Ya me veo en las mazmorras
de la Santa Inquisición.
- UBILLA. Si tratasen de prendernos,
lucharemos, vive Dios,
y saldremos dando tajos
mas que vengan un millon.
- CORO. Decid, caballeros, (*Avanzando.*)
¿quién sois? ¿quién sois?
- UBILLA. Dos nobles mancebos
hidalgos de pro.
- CORO. Os falta probarlo:
¿á ver, á ver?
De vuestra hidalguia
¿qué prueba dareis?
- CONDE. (Si buscan dinero,
pequé, pequé:
me falta la prueba
del hombre de bien.)
- CORO. Seis bandidos—fementidos
hierro en mano—aunque en vano,
al ministro Montellano
atacaron poco ha:
nos precisa—á que aprisa
demos caza—y en la plaza
sobre un burro y con mordaza
se les cuelgue sin piedad.
- UBILLA. (*Ap. al primer grupo de alguaciles de la izquierda.*)
¿No os ha dicho—por capricho,
que de aquel villano ataque

un mancebo le salvó?
Pues yo osado—le he librado;
ved en fé de mi palabra
la sortija que me dió.

(El Conde permanece con los ojos desenchajados mirando espantado á todas partes y cogido á la capa de Ubilla. El jefe de los alguaciles habla al oído del primer grupo, y estos lo transmiten con grandes gestos y señalando á Ubilla con mucho interés.)

CORO. Perdonad, perdonad.
(Con grotescas exageraciones.)

Nobles señores,
idos en paz.
Perdonad, perdonad;
sus servidores
somos no mas.

(El Conde animándose y con mas grotesca exageracion.)

CONDE. No hay de qué, no hay de qué.

*(Si de este lance
salgo con bien,
siempre mas, siempre mas,
pondré dos velas
á Satanás.)*

UBILLA. Basta ya, basta ya.
Pues disculpados
conmigo estan,
sin tardar, sin tardar,
vayan al Conde
á acompañar,

*(El Conde se emboza con gravedad y sale con
aire soberbio de triunfo y los alguaciles l
siguen con solicitud.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara del rey Felipe V en el palacio del Buen Retiro. Dos grandes puertas á la derecha y dos á la izquierda. Rompimiento con cuatro escalones en el fondo. Tres arcos, de los cuales el del centro es la cámara real, y los de los lados practicables para entrar y salir por ellos.

ESCENA PRIMERA.

La PRINCESA y MONTELLANO.

PRINC. ¿Qué me decis, Montellano, de ese plan que os he propuesto para casar á vuestra hija? Auvigni es un caballero de ilustre raza francesa. A propósito. Los pliegos que han traído la derrota de Peñalva, yo los tengo interceptados, de modo que el rey no sabrá el suceso hasta que yo se lo cuente, y entre los dos le echaremos la culpa á Tessé, que al cabo es quien mandaba el ejército,

- en hacer feliz á Elisa.
- MONT. En conservando los fueros
de la nobleza y el título,
Princesa, soy todo vuestro.
- PRINC. No faltaba mas.
- MONT. Creed
que hay necesidad de hacerlo.
¿Sabeis lo que me ha pasado
anoche? Me acometieron
media docena de tunos
poniéndome en grave aprieto,
á no recibir ayuda
de un valeroso mancebo
á quien dí cortés las gracias
y mi anillo, con objeto
de darle una recompensa
por su bizarro denuedo,
si tenia la bondad
de visitarme: en efecto,
esta mañana ha venido,
y ¿creereis que el arrapiezo
tuvo valor de pedirme...
- PRINC. ¿Un destino?
- MONT. No; un consejo.
- PRINC. ¿Un consejo? Pues no es caro
á la verdad.
- MONT. Id oyendo.
¿Qué quereis de mí? le dije.
Solo que me deis un medio
de hacerme digno de un ángel
que me quiere y á quien quiero.
¿Y á qué clase pertenece?
A la primera del reino.
¿Es título? Si, señor.
Pues entonces, caballero,
si vos sois noble sin título
ni señorío ni feudo,
¿por qué os poneis en ridículo
con tan absurdo proyecto?
Porque la amo, y será mia,
aunque se oponga el infierno.
Pues buscad el medio vos

- y por tanto este percance
no os debe turbar el sueño.
- MONT. Desde que estoy en palacio
vos sois siempre mi ángel bueno.
- PRINC. Todo para mis amigos:
este es mi plan de gobierno.
Pero dejemos ahora
políticos discreteos,
y hablemos de vuestra hija:
sabeis cuánto me intereso
en todo cuanto os atañe.
- MONT. Me habeis dado pruebas de ello;
pero es el caso que Elisa
ha salido hoy del convento,
y es tan niña todavía...
- PRINC. Así no ha tenido tiempo
de abrigar pasión alguna;
y en España nuestro sexo
está tan adelantado,
que es milagro verdadero
hallar niña de quince años
que no tenga galanteos.
- MONT. Solo un reparo me ocurre:
desvanecédmelo y cedo.
- PRINC. ¿Cuál es?
- MONT. Que Auvigni es marqués
en Francia, no en estos reinos.
- PRINC. Es un reparo muy justo,
pero me he acordado á tiempo
de enmendarlo: hoy he pedido
al rey, que es siempre tan bueno,
que me haga merced de un título
para un amigo á quien quiero
y el rey me lo ha concedido.
De suerte que vuestro yerno
firmará marqués de Rivas;
pero os impongo el secreto,
porque será mi regalo
de boda.
- MONT. ¡Con qué talento
sabeis preparar las cosas!
- PRINC. No lo creais: tengo empeño

y no me pidais consejos,
que nosotros antes damos
las hijas á los conventos,
que á hombres que no las igualen
en título y nacimiento.
Presumo que mi respuesta
no le dejó satisfecho,
pues levantándose fosco
saludó, se fué y *laus Deo*.

PRINC. ¿No dijo quién era ella?

MONT. No, ni me importa saberlo.

PRINC. Pero el caso de Auvigni...

MONT. Es totalmente diverso.

Mientras vos vais á la cámara,
voy de mi Elisa al encuentro,
que he de presentarla al rey.

PRINC. ¿Dónde está?

MONT. En vuestro aposento
la dejé, con una amiga
compañera de colegio.

PRINC. Pues á ver si la empezais
á preparar. Hasta luego.

(*Vánse los dos, la Princesa á la cámara y
Montellano por la izquierda.*)

ESCENA II.

El Conde solo, por la galería izquierda.

¡Lo que va de ayer á hoy!

No haya miedo que me queje:
desque el diablo me protege
navegando en popa voy.

¡Con qué noble abnegacion
me ha colmado de favores!

Presumo que los autores
le han juzgado con pasion;

pues sin usura ni gage
hizo mi dicha colmada,
sin querer cobrarme nada,
ni siquiera el corretaje.

Y con gracia sin igual

me descartó de un pariente,
á quien si él no le hinca el diente
hubiera sido inmortal.

Hoy tengo ya posicion
elevada y prepotente
en que tender anchamente
las alas de mi ambicion.

Y vea usted; este tropel
de esperanzas tan prolijas
de un libro viejo son hijas.
¡Qué libro, qué libro aquel!

En oro imprimirlo quiero
y en alabastros y en bronces.
No conviene, porque entonces
se enteraria el librero.

Amor, riqueza, abundancia,
todo me sale al camino:
solo me falta un destino
que me dé alguna importancia.

ESCENA III.

El Conde y Montellano.

MONT. ¿Pues no me cantó de plano
que Auvigni no le acomoda?
¡Hacer ascos á esta boda!

CONDE. (Mi pariente Montellano.)
¿Señor ministro?

MONT. ¿Quién es?
¡Querido Conde y pariente!

CONDE. (Hoy hace un mes justamente
me echó casi á puntapiés.)

MONT. Veo con mucha alegría
que vuestra suerte ha cambiado.

CONDE. (Mientras estuve tronado
no dijo esta boca es mia.)

MONT. ¿Con que murió el Conde?

CONDE. Si.
la inexorable guadaña...

MONT. ¡Qué pérdida para España!

CONDE. Sobre todo para mí.

- MONT. Me dió una pena horrorosa.
- CONDE. Yo de llorarle no ceso.
- MONT. Lo veo: no hablemos de eso.
- CONDE. Pues hablemos de otra cosa.
- MONT. Sabeis que Elisa salió ya de su convento.
- CONDE. Si.
- MONT. ¿Sabeis que con Auvigní trato de casarla?
- CONDE. No.
- MONT. Ahora con ella acabo de tener una refriega; se niega.
- CONDE. ¿Cómo se niega?
- MONT. Negándose.
- CONDE. Estoy al cabo.
- MONT. ¿Sabeis que su oposicion me disgusta y me exaspera?
- CONDE. Eso estriba en la manera de conducir la cuestion.
- MONT. Puede que sea verdad.
- CONDE. ¡Pues no ha de ser!
- MONT. En efecto; yo le he hablado del proyecto en tono de autoridad.
- CONDE. ¡Error!
- MONT. Porque un padre franco, que tiene su bien presente, trata las cosas de frente.
- CONDE. Pues se han de tratar de flanco.
- MONT. Parece que sois maestro en estas cosas.
- CONDE. Tal cual.
- (Cuando estaba sin caudal le parecia un cabestro.)
- MONT. Pues hacedme la fineza de ver si la convenceis: vos que sois jóven, podeis hablarla con mas franqueza, y quizás vos...
- CONDE. ¿No es mas que eso?
- MONT. Desvanezcáis su aprension.

- CONDE. Eso se termina, con
cuatro palabras de peso.
- MONT. Convenido, y aprobado.
¿Y vos qué pensais hacer?
- CONDE. Yo, Conde, pienso ofrecer
mis servicios al Estado.
- MONT. Me complace, vive Dios,
que sienta, cual vos sentis,
un hombre que en el país
representa lo que hoy vos.
—Si os son las armas simpáticas
poder...
- CONDE. No tengo aficion.
- MONT. ¿No os gustan?
- CONDE. Mi fuerte son
las misiones diplomáticas.
- MONT. Dignas de vuestro linaje.
- CONDE. Por eso las preferí.
- MONT. Pues en la mision que os di
hareis el aprendizaje.
- CONDE. Pero, Conde, eso no vale
la pena...
- MONT. ¿No ha de valer?
En ella me va el poder.
- CONDE. ¿Si? Pues vereis cómo sale.
- MONT. ¡Bravo! Adios. (*Váse.*)

ESCENA IV.

EL CONDE y despues UBILLA.

- CONDE. Este negocio
va á valerme una embajada.
Ya se vé, él no sabe nada
del libro ni de mi socio.
¡Infelices! Claro, aunque
se maten en estudiar...
¿Cómo han de poder llegar
á saber lo que yo sé?
Nunca llegarán, de fijo.
Pero vamos sin demora
á buscar al diablo ahora;

aunque recuerdo que dijo:
«Yo estaré siempre contigo,
y cuando estés apurado,
me encontrarás á tu lado
diciéndote...

UBILLA. Adios, amigo.

CONDE. Esto si que es grande!

UBILLA. ¿Qué?

CONDE. (Apenas dije el vocablo
ya tuve á mi lado el diablo.)
¿Sabeis que Elisa?..

UBILLA. Lo sé.

CONDE. ¿Qué sabeis?

UBILLA. Que han acordado
dar su mano á Auvigni, y que ella
no le quiere y se querella.

CONDE. (¡Qué saber tan endiablado!)

¿Y por qué no le acomoda?

UBILLA. Ptsé, caprichos de mujer.

CONDE. Yo ofrecí á su padre ser
el protector de esa boda,
y vencer su genio apático
y hacer que ceda.

UBILLA. (¡Ah bribon!)

CONDE. Y empeño en esta cuestion
mi crédito diplomático.

¿Me comprendeis?

UBILLA. Comprendido.

CONDE. Con que ahora es menester
que me luzca.

UBILLA. Vais á ver

si os voy á dejar lucido.

CONDE. Hay mas, que vos no sabeis:
yo ardo de amor; por supuesto,
juego limpio, amor honesto,
amor que vos no entendéis.

UBILLA. ¿Por quién?

CONDE. Por una rapaza
con cuya memoria aliento,
que se halla en aquel convento,
y á quien no puedo dar caza.
Tan fresquita, tan lozana,

- tan bonita y pizpireta.
- UBILLA. ¿Cómo se llama?
- CONDE. Enriqueta.
- ¿La conocéis?
- UBILLA. Si. (Es mi hermana.)
- ¿Y qué es á lo que aspirais?
- CONDE. Aspiro á ser su marido.
- UBILLA. Muy bien, Conde, concedido.
- CONDE. Con que ¿cuándo me llevais?
- UBILLA. ¡Llevaros! ¿A dónde?
- CONDE. Allá,
- á decirla que es mi encanto.
- UBILLA. ¿Para qué cansaros tanto?
- ¿No es mejor que venga acá?
- CONDE. ¿Pero cómo puede ser
que ella venga acá?
- UBILLA. Viniendo.
- CONDE. Esto si que no lo entiendo.
- UBILLA. Ahora lo vais á ver.
- ¿Dónde está Elisa?
- CONDE. En aquella
habitacion. (¡Dios me valga!)
- UBILLA. Pues bien, con decir que salga
saldrá Enriqueta con ella.
- CONDE. Ya me dan escalofrios.
- UBILLA. Pues que tardais, voto á sanes,
la hablareis de vuestros planes
y yo á Elisa de los míos.
- CONDE. ¿Cómo de los vuestros?
- UBILLA. ¿No
queréis que á la boda acceda?
- CONDE. Es verdad, para que pueda
tener mi destino yo.
- UBILLA. Mientras la dejo ablandada
la hablais á Enriqueta vos,
y conseguís matar dos
pájaros de una pedrada.

CANTO.

- CONDE. ¡Oh! qué talento

tan especial:
me ha convencido,
voy á llamar.
Hermosa Elisa,
salid acá.

ESCENA V.

El Conde, Ubilla, Elisa y Enriqueta

ELISA. Con mucho gusto.

¿Qué quereis?

CONDE. (*Al ver á Enriqueta.*) ¡Ah!

Su mismo talle,
su mismo andar,
su misma esfigie,
su misma faz.

ENRIQ. Es el de misa,
es el galan,
que aqui sin duda
me viene á hablar.

ELISA. Su noble aspecto,
su frente audaz,
sus negros ojos
que al alma van.

UBILLA. Su fresca risa,
su linda faz,
y su mirada
angelical.

(*A Enriqueta.*)

A nadie digas que eres mi hermana.

CONDE. (¡Oh qué lozana! Voy á embestir.)

¿Señora mia?

ENRIQ. ¿Buen caballero?

UBILLA. Hablaros quiero.

ELISA. Ya empiezo á oir.

CONDE. Yo soy aquel que en misa,
mi bello sol,
cada vez que tosiais
me daba tos:
por Dios pensad
que puede darme tísis

- si toso mas.
- ENRIQ. Recuerdo bien que en misa
me habló por vos
la dulce simpatía
de vuestra tos.
Y si me amais,
yo buscaré el remedio
á vuestro mal.
- UBILLA. Un poderoso, por ambicion,
aspira al lauro de vuestro amor:
y en el instante que os pierda á vos,
de mi esperanza se anubla el sol.
- ELISA. Perded el miedo; niña cual soy,
en mí no cabe mas que un amor.
Venga quien venga, si me amais vos,
sereis el dueño del corazon.
- CONDE. Si al amor que me enajena
os dignaseis responder?..
- ENRIQ. Os respondo que si es cierto...
- CONDE. Y tan cierto.
- ENRIQ. Os amaré.
- UBILLA. Si el Marqués y la Princesa
vuestra mano piden hoy,
¿cuál será vuestra respuesta?
- ELISA. Una y breve, será un no.
- CONDE. ¡Oh qué dulzura
de criatura!
Voy por un cura
sin dilacion:
mil goces junto,
y este es asunto
de echarme al punto
la bendicion.
- ENRIQ. Fuera locura,
si es noble y rico,
perder un chico
tan bonachon.
Venga ya el cura,
pues que es asunto
de echarme al punto
la bendicion.
- UBILLA. Un eden, mi bien, se encierra

en el eco de tu voz;
cuanto bello hay en la tierra
se comprende con tu amor:
la esperanza fugitiva
á mi seno ya volvió,
y en eterna siempreviva
la transforma mi ilusion.

ELISA. La pasion que el alma encierra
dulce agita el corazon:
cuanto bello hay en la tierra
lo comprendo con su amor.
La esperanza fugitiva
ya en mi pecho renació,
y en eterna siempreviva
la transforma mi ilusion.

HABLADO.

CONDE. ¿Os dignareis permitir
que mi labio imprima un beso
en vuestra mano?

ENRIQ. ¡Hola! Eso...

CONDE. Decid.

ENRIQ. Es mucho pedir:
despues se olvida...

CONDE. ¡Oh jamás!
Seré fiel como un mastin.

ENRIQ. Aunque no debiera... en fin...

CONDE. Uno solo.

ENRIQ. Uno y no mas.

CONDE. Ya ni con el rey me trueco.

UBILLA. ¡Hermosa!

(Besa el Conde la mano á Enriqueta y en seguida Ubilla á Elisa.)

CONDE. Es particular...

¿No habeis oido sonar?

ENRIQ. Es que esta sala tiene eco.

CONDE. Pues jurára, vive Dios...

ENRIQ. ¿Qué?

CONDE. Nada, me equivoqué:

(le dí el beso con tal fé
que ha sonado como dos.)
¿Qué me decis?

UBILLA. Que he vencido.

CONDE. Yo tambien. ¿Y accederá
Elisa?

UBILLA. ¿No os dije ya
que vais á quedar lucido?

CONDE. Ya puedo darme importancia.
Que me permitais espero
(A Elisa y Enriqueta.)
serviros de caballero
hasta la próxima estancia.

ELISA. Mereceis mil alabanzas
vos y ese jóven tan ducho.
¡Qué bien habla!

CONDE. Mucho, mucho,
es un jóven de esperanzas.
(Las deja en la puerta.)
Sois mas listo que una ardilla.
Voy á decir á su padre...

UBILLA. Si, lo que mejor os cuadre.

CONDE. Que le aseguré en la silla. (Váse.)

ESCENA VI.

UBILLA, solo.

Justo es que se lleve un chasco,
ya que en la boda se empeña:
amo á Elisa, y no hay remedio,
yo he de vencer ó me tuestan.
Sin embargo, lo segundo
es mas fácil que suceda;
pues cuando llegue á noticias
del ministro y la Princesa
que las cartas misteriosas
no estan ya bajo de tierra
sino bajo llave... entonces...
buscarán al que en ausencia
de Auvigni entró en su casa
con cuatro malas cabezas

No sirve nunca el talento,
manda siempre.

PRINC. ¿Qué decis?

UBILLA. Que el talento manda y obra.
Vos que lo teneis de sobra,
decid: ¿mandais ó servís?

PRINC. La salida es lisonjera
y dicha en términos finos;
pero la de los Ursinos
sirve aquí, y es camarera.

UBILLA. Si al tocar ese registro
llamais servir, está bien:
quizá algun día tambien
querré servir de ministro.

PRINC. (¿Está loco este hombre?)

UBILLA. Vos
teneis poder y privanza,
y os propongo una alianza
que tenga cuenta á los dos.

PRINC. ¿Una alianza? (¡Es un Orate!)

UBILLA. Y yo espero...

PRINC. ¡Temerario!

UBILLA. Que acepteis; de lo contrario
hareis un gran disparate.

PRINC. Basta de chanza.

UBILLA. No es tal.

Quisiera ser vuestro amigo,
porque si luchais conmigo
la lucha es muy desigual.

Posicion muy elevada

teneis, riqueza, poder...

ya veis si podeis perder:

yo no puedo perder nada.

PRINC. Mas vale tomarlo á risa.

Vamos, decid: ¿qué quereis
de mí?

UBILLA. Que desharateis
el matrimonio de Elisa
con el marqués de Auvigni.

PRINC. Si es obra mia.

UBILLA. Será;

pero el caso es, que no me ha

- parecido bien á mí.
- PRINC. ¿Con que vuestro parecer se nos niega?
- UBILLA. Y en redondo.
- PRINC. Pues don... ¿qué?
- UBILLA. Antonio.
- PRINC. Respondo que no os puedo complacer. *(Se levantan.)*
- UBILLA. En hora buena: os emplazo y voy á luchar con vos: ya vereis quién de los dos pega mayor batacazo.
- PRINC. Vos.
- UBILLA. ¡Quién sabe!
- PRINC. Reparad que en el mármol de esta sala, don Antonio, se resbala con una facilidad...
- UBILLA. Y si hay quien ponga jabon, lo cual nunca faltará...
- PRINC. Justo: aqui siempre se está en plena conspiracion. Basta un dicho, cualquier cosa para echar un hombre al rio...
- UBILLA. Un chisme.
- PRINC. Aqui, amigo mio, no se vive de otra cosa.
- UBILLA. Nunca los instintos buenos del rey lograreis torcer.
- PRINC. ¿No veis que el rey lo ha de ver todo por ojos ajenos?
- UBILLA. ¿Con que un medio reprobado pasa aqui por buena plata?
- PRINC. Como el fin de que se trata es la salud del Estado.
- UBILLA. Y aunque se alcance quizás con una intriga raquítica...
- PRINC. Nada importa: la política admite eso... y mucho mas.
- UBILLA. Oh, Princesa, sabeis mucho; si de vos tuviera yo una leccion.

PRINC. ¿Por qué no?
UBILLA. ¿De veras? Pues ya os escucho.

CANTO.

PRINC. La política es un juego
de ajedrez,
en que lleva mate el lego
cada vez.
Irse despacio
es menester,
que el tablero de palacio
tiene mucho que aprender.
UBILLA. Voy en busca de un maestro
de jugar,
que me enseñe á hacerme diestro
y á ganar.
Si vos, señora,
lo quereis ser,
con tan bella profesora
mucho bueno he de aprender.
PRINC. Es un juego que se empieza...
UBILLA. Preparando la partida.
PRINC. No avanzando nunca pieza
que no esté bien defendida.
UBILLA. Pronto se aprende;
no lo dudeis.
PRINC. ¿Quién le defiende?
UBILLA. Ya lo vereis.
PRINC. ¡Sois temerario!...
tanto peor.
UBILLA. Es que espero á mi contrario
con un mate de pastor.
PRINC. Yo con la reina
no temo al coco;
yo la coloco
donde ha de estar:
como es mi pieza
mas favorita,

- nadie me quita
de mi lugar.
- UBILLA. Yo de la reina
nunca me euro;
al rey procuro
siempre atacar:
vereis al cabo
de este combate
qué jaque mate
vais á llevar.
- PRINC. ¿Con que vos pensais ganar?
- UBILLA. ¡Que si pienso!... Ya se ve.
- PRINC. ¿Cuándo y cómo?
- UBILLA. A no tardar.
- PRINC. Sois muy jóven.
- UBILLA. Ya lo sé.
- PRINC. ¿Vos contaís?...
- UBILLA. Conmigo solo.
- PRINC. ¿Con vos solo?
- UBILLA. Y sin traicion.
- PRINC. La ambicion arrastra al dolo.
- UBILLA. Es muy noble mi ambicion.
Si en una lucha de intriga
llego á salir vencedor,
de tan hermosa enemiga
siempre seré admirador.
Y desde ahora
os juro á fé
que de esos ojos, señora,
siempre un esclavo seré.
- PRINC. El que en palenque de intriga
venga á agitar mi rencor
nunca espereis que consiga
mas que el castigo mayor.
Y al Santo Oficio
le encargaré
guarde con llave al novicio
donde mas guerra no dé.
-

HABLADO.

- PRINC. ¿No mudais de parecer?
UBILLA. Bien quisiera complaceros.
PRINC. ¿Cómo vais á defenderos?
UBILLA. Como Dios me dé á entender.

ESCENA VIII.

DICHOS, *el Conde y Montellano del brazo.*

- CONDE. La he dejado reducida
y mas blanda que la cera.
MONT. Pues no creí que cediera
tan pronto.
CONDE. Si, por mi vida:
cuando se me encarga á mí
una mision delicada
la podeis dar por ganada.
MONT. ¡La Princesa por aquí!
PRINC. Montellano, ¿hablasteis ya
á Elisa?
MONT. El Conde la habló.
PRINC. ¿Está conforme?
CONDE. ¿Pues no?
Ella misma os lo dirá.
Empezó muy afligida,
oponiendo resistencia,
mas esforcé mi elocuencia,
y la dejé convencida.
PRINC. Es natural. ¡Pobrecilla!
Amigo mio, ya veis... (A Ubilla.)
MONT. ¡Hola! ¿Tambien conoceis
á don Antonio de Ubilla?
Mucho le he tenido ayer
que agradecer á su espada:
la ví contra seis vibrada
y á los seis hizo correr.
PRINC. Temible es su espada.
UBILLA. Si;
mas de lo que os figurais.

CONDE. Como la mia.

PRINC. ¿Y pensais
esgrimirla contra mí? (*A Ubilla.*)

UBILLA. Nunca la hoja matadora
con la belleza se emplea...

PRINC. ¿De veras?

UBILLA. Como no sea
para rendirla, señora.

MONT. De familia principal
desciende.

PRINC. Por lo que veo
sois noble.

UBILLA. Si.

CONDE. ¡Ya lo creo!
es de estirpe angelical.

ESCENA IX.

DICHOS y AUVIGNI.

AUVIGNI. Señora...

PRINC. Hola, Auvigni:
á qué buen tiempo llegais.

AUVIGNI. ¿Y qué noticias me dais?

PRINC. Que Elisa os va á dar el si.
Al señor Conde se debe
que ceda: él se encargó...

CONDE. Para un hombre como yo
este es un negocio leve.

AUVIGNI. Mil veces afortunado
si su cariño consigo.

CONDE. Aquel que cuente conmigo
tiene mucho adelantado.

PRINC. ¿Lo vais ya viendo? (*A Ubilla.*)

UBILLA. Al contrario. (*A la Princesa.*)

MONT. Ella viene á este salon.

CONDE. (En tan grave situacion
soy el hombre necesario.)

ESCENA X.

DICHOS y ELISA.

MONT. A tiempo llegas.

ELISA. ¿Pues y eso?

Señores... (Saludando.)

AUVIGNI. ¡Qué celestial!

MONT. Es un asunto en el cual
tu opinion es de gran peso.
Si te dijeran : mañana
te has de casar , hija mia.
¿Qué dirías?

ELISA. Contaría
la balada de Susana.

TODOS. De Susana!

ELISA. En el convento
me enseñaron esa historia.

AUVIGNI. ¿La teneis en la memoria?

ELISA. Si.

AUVIGNI. Pues contadla

ELISA. Al momento.

De la pastora Susana
se enamoró un caballero:
era él noble y extranjero
y ella pobre y castellana.
Mil tesoros le mostró
diciendo: ¿me quieres , di?

CONDE. Y ella diria que si.

ELISA. No , señor ; dijo que no.

AUVIGNI. ¿Que no?

MONT. ¿Que no?

PRINC. ¿Que no?

CONDE. ¿Que no?

UBILLA. Que no.

CONDE. Me holgára ver tal portento
de raro desinterés.
Se rendiria despues.

ELISA. Escuchad el fin del cuento.
Niña , dijo el amador:
yo tengo tierras , caballos,

castillos, oro y vasallos
que me llaman su señor;
mi mano te ofrezco yo
y todo eso es para ti.

CONDE. ¿Y entonces dijo que sí?

ELISA. Pues también dijo que no.

AUVIGNI. ¿Que no?

MONT. ¿Que no?

PRINC. ¿Que no?

CONDE. ¿Que no?

UBILLA. Que no.

CONDE. Pues no entiendo la humorada
de tan displicente bella.

ELISA. Yo sí la entiendo: es porque ella
estaba ya enamorada,
y prefirió á las lisonjas
de aquel magnate opulento
ser fiel á su juramento.

MONT. Deja esos cuentos de monjas,
que ya no te sientan bien,
y repítenos acá
lo que dijiste poco ha
sobre dar tu mano...

ELISA. ¿A quién?

MONT. ¡Pues esta es buena! A este hidalgo
francés.

ELISA. ¿Quién lo ha dicho?

CONDE. Yo.

MONT. El Conde.

ELISA. El Conde soñó.

CONDE. ¡Ay! A mí me va á dar algo.

ELISA. Si seguís en ese intento,
con honda pena os lo digo,
iré á pedir un abrigo
á la celda de un convento.

MONT. Pues irás.

ELISA. Cuando gusteis. (Vase.)

ESCENA XI.

DICHOS menos ELISA.

- CONDE. ¡Ay!
AUVIGNI. De esa burla sangrienta (*Al Conde.*)
vais á darme estrecha cuenta.
- PRINC. ¡Ah!
(*Viendo á Ubilla con cara de satisfaccion.*)
- UBILLA. Princesa, ya lo veis.
- MONT. ¿Y vos por qué habeis contado?..
- CONDE. No sé...
- MONT. Responded.
- CONDE. No sé.
- MONT. ¿Pero qué ha sido?
- CONDE. Que... que...
que el diablo la ha barajado.
- PRINC. No hay que alterarse, señores,
por lo que aquí ha sucedido.
Elisa no ha consentido
porque tendrá otros amores.
- CONDE. Por eso no consintió.
- MONT. Calle el menguado.
¿Y quién fuera
el que á amarla se atreviera
sin temer mis iras?
- UBILLA. Yo.
- MONT. ¿Vos? ¿Y quién os da derecho
para aspirar á su mano?
- UBILLA. Yo, que tengo, Montellano,
lleno de su amor el pecho.
- CONDE. Me alegro, ya pareció.
- MONT. Perdono vuestra arrogancia,
pero medid la distancia
que media entre vos y yo.
Y otra vez, aunque le aflija,
el servicio que me haga
con un destino se paga,
no con la mano de mi hija.
- UBILLA. Sé que para merecella
no tengo título alguno.

MONT. Pues bien, cuando tengais uno
podreis aspirar á ella.
Y en tanto que la obteneis...

PRINC. (¡Bien me venga!)

MONT. Os apercibo
que en mi casa no recibo
mas que á iguales, ¿lo entendeis?

UBILLA. Si, señor Conde, lo entiendo.

MONT. Princesa, os beso los pies.

PRINC. Adios, Conde, hasta despues.
¿Don Antonio? ya vais viendo.
(*Se va con Auvigni.*)

ESCENA XII.

El CONDE, estático, y UBILLA, paseándose.

UBILLA. Sangrienta ha sido la ofensa;
pero no hay que desmayar...
¿Para acercarme á su hija
es preciso ser su igual?
Tiene razon, vive el cielo.

CONDE. ¿Qué diablos meditará?

UBILLA. Dos modos hay de igualarnos:
ó subir yo ó él bajar.
Si consigo ver al rey
caerás, Conde, caerás.
Ya que aqui solo se medra
por el camino del mal,
vive el cielo que he de hacer
mas daño que un huracan,
y él y la Princesa y todos...

CONDE. ¿Me quisierais explicar?...

UBILLA. El amor propio ofendido
es consejero fatal,
y lo que importa es el triunfo.

CONDE. ¿Me quisierais explicar?...

UBILLA. Cuando la Princesa sepa
que sus papeles no estan
donde Auvigni los guardaba,
de fijo sospechará
que yo los tengo, y entonces...

- CONDE. ¿Me quisierais explicar?...
- UBILLA. ¡Ah qué idea! Este menguado de instrumento servirá.
- CONDE. ¿Qué deciais?
- CONDE. Que no entiendo
- UBILLA. cuál ha sido vuestro plan con haber comprometido mi posicion oficial.
- UBILLA. Vuestra novia lo ha exigido, y no me pude excusar de complacerla
- CONDE. ¿Enriqueta?
- UBILLA. ¿Qué idea se llevará?
- UBILLA. Dice que el ser diplomático es una cosa vulgar, y vos mereceis mas que eso.
- CONDE. ¡Puede que sea verdad!
- UBILLA. ¡Como yo soy tan modesto!
- UBILLA. ¿No habeis tenido jamás ganas?...
- CONDE. ¿De casarme?
- UBILLA. No:
- CONDE. de ser ministro.
- CONDE. ¡Si tal!
- UBILLA. ¿Pues no he de haberlas tenido?
- CONDE. y muchas.
- UBILLA. ¡Hola!
- CONDE. ¿Quién hay
- UBILLA. que no arda en vivos deseos de hacer la felicidad de su pais?
- UBILLA. Vos sois noble...
- CONDE. Es verdad.
- UBILLA. Listo...
- CONDE. Es verdad.
- UBILLA. Y en fin, teneis cualidades para poder aspirar...
- CONDE. Es verdad.
- UBILLA. A cualquier puesto...
- CONDE. Pero la dificultad está en que aun cuando las tenga el rey no me nombrará.

- UBILLA. ¿Quién sabe?
CONDE. ¿Será posible?
¿se habla?
UBILLA. ¡Pues no se ha de hablar!
y añaden si la Princesa
se opone.
CONDE. ¡Mujer fatal!
Es preciso destruir
esa influencia.
UBILLA. Quizás,
pero ya comprendereis
que no la debí ayudar
cuando ella os hace la guerra.
CONDE. Muy bien hecho, pese á tal;
debemos echarla á pique.
UBILLA. Poquito á poco; escuchad.
Si sabeis mostraros diestro
tal vez su apoyo obtengais.
Cuando se tiene talento...
CONDE. Todo es fácil.
UBILLA. Cierto.
CONDE. Hablad.
UBILLA. Hace ya bastantes dias
que su pensamiento está
preocupado, buscando
una alta capacidad
que pueda regir la nave...
CONDE. Pues no la creia tan...
UBILLA. Quiere un hombre que á sus méritos
y dignidad personal...
CONDE. Verbi gracia, yo.
UBILLA. Reuna
la energia...
CONDE. Ya verá:
en diciendo yo una cosa
soy como un poste.
UBILLA. Es verdad.
CONDE. Pero ¿cómo me insinúo
para que ella...
UBILLA. Os acercais,
y si la veis pensativa,
que de fijo lo estará,

la decis modestamente:

«Yo tengo lo que buskais.»

CONDE. Bueno, adelante: y despues
¿qué la digo?

UBILLA. Nada mas.

CONDE. Me gusta la precision
de la fórmula. Mil hay
que echarian un discurso;
yo estoy por la brevedad.

Ya vereis cómo me porto.

¡Me querian rebajar
hasta hacerme embajador!

UBILLA. ¡Injusticia sin igual!

CONDE. En cuanto sea ministro

¡ay de ellos si al Carpio van!

UBILLA. Mientras se entera el monarca
de la derrota fatal

que hemos sufrido en Peñalba,
este los entretendrá. (*Váse á la cámara.*)

ESCENA XIII.

El Conde solo.

Cumplamos nuestra mision,
ya que el poder nos invita.

Este pais necesita

una regeneracion.

La situacion insegura

clamando está en voz muy alta

que lo que hace aqui mas falta

es... un hombre de mi altura.

Desde luego me interesa

formular pronto un programa,

pues si el monarca me llama...

ESCENA XIV.

El Conde y AUVIGNI.

AUVIGNI. ¿En dónde está la Princesa?

CONDE. Caballero...

- AUVIGNI. Pronto diga,
¡vive el cielo! ¿Dónde está?
- CONDE. No lo sé.
- AUVIGNI. (¿Si este andará
tambien metido en la intriga?)
Si os descubro algo, os enristro
como á un perro, os lo prevengo.
- CONDE. ¿Á mí? (Solo me contengo...
porque voy á ser ministro.)
- AUVIGNI. ¿Vos sabeis algo?
- CONDE. Yo no.
- AUVIGNI. Si mentis, Dios os acuda.
(*Váse por la derecha.*)
- CONDE. ¿Qué tendrá? Esto es sin duda
que la crisis empezó.
-

ESCENA XV.

EL CONDE y CORO DE CABALLEROS *que salen por los arcos de arriba y rodean al Conde.*

- CORO. Parece que hay crisis.
- CONDE. Me lo figuré.
- CORO. Negras nubes se amontonan
en la esfera del poder.
quién cae, quién entra
conviene saber.
¿Vos tendreis mas pormenores?
- CONDE. No, señores, nada sé.
- CORO. Un personaje
de rostro pálido,
en la real cámara
há poco entró.
Gran movimiento
siguióse súbito,
y al rey las órdenes
comunicó.
Y de repente
entre la gente
como eco vago

murmurador,
circulando fué el run, run,
de la crisis precursor;
hay crisis, hay crisis,
esparciendo va el rumor.

Todo el palacio
opina unánime
que la catástrofe
va á suceder.

Todos presumen
quién es la víctima,
menos el Lázaro
que lo va á ser;
hasta la fecha,
nada sospecha,
pues suele siempre
acontecer

que oigan todos el run, run,
menos el que va á caer.
Hay crisis, hay crisis
se repite por do quier.

HABLADO.

CONDE. ¿Con que hay crisis?

CAB.

Infalible.

Ahora acabo de ver
á Auvigní como una fiera;
Montellano anda tambien
en busca de la Princesa;
la Princesa en busca de él:
en fin parece que el diablo
les hace á todos correr.

CONDE.

(Cerca le andas.)

CAB.

¿Qué será?

CONDE.

Señores, yo no lo sé.

(*Todos se agrupan con interés.*)

(En llegando la Princesa
la insinúa aquello y... pues,
como quien se pone un guante
me calzo con el poder.)

CAB. Aquí viene la Princesa.

CONDE. (Pues señor, llegó mi vez.)
Dejadme á solas con ella,
que yo la sonsacaré.

ESCENA XVI.

El CONDE, la PRINCESA y AUVIGNI en agitada conversacion.

PRINC. ¿Decís que os los han robado?

AUVIGNI. Si, señora.

PRINC. ¿Pero quién?

AUVIGNI. Dicen que cuatro alguaciles
fueron en nombre del rey
á efectuar un registro.

PRINC. ¿Pero vos no suponéis
quién pudo dictar la orden?

AUVIGNI. El diablo debió de ser.

PRINC. Llamad pronto á Montellano,
pronto.

AUVIGNI. Allá voy. (*Váse.*)

CONDE. Esta es
la hora de hacerme presente:
busca al hombre y no le ve.
PRINC. Sangre de mis venas diera
para poder recoger
esas cartas que quizás
algun vil...

CONDE. ¿Princesa?

PRINC. ¿Quién?

CONDE. (*Con misterio.*) Yo tengo lo que buscáis.

PRINC. ¿Vos?... ¡Ay qué feliz me haceis!

CONDE. (No lo creyera á no verlo:
esto es llegar y vencer.)

PRINC. Decidme: ¿las teneis todas
sin faltar una?

CONDE. Si á fé.

Energia, patriotismo...

PRINC. ¿Qué decís?

CONDE. Desinterés...

PRINC. ¿Pero de qué estais hablando?

CONDE. Pues bien claro lo expliqué;

de las dotes que reuno
para subir al poder.
PRINC. ¿Al poder?... Esto se ha vuelto
una torre de Babel.

ESCENA XVII.

DICHOS, MONTELLANO, ELISA, AUVIGNI, ENRIQUETA.

MONT. ¿Princesa?

PRINC. ¡Gracias á Dios!

¿Sabeis?...

MONT. Sí, todo lo sé.

CONDE. (¿Si tambien estará en crisis
la Princesa? Puede ser.)

MONT. Y aun sospecho adivinar
el autor del crimen.

PRINC. ¿Quién?

MONT. Ubilla.

PRINC. ¡Será posible!

MONT. Voy á mandarlo prender.

ELISA. ¡Padre, por Dios!

MONT. Hija ingrata,
no ha de haber piedad para él.

CONDE. ¡Prender á Ubilla! Señores,
váyanse ustedes con pies
de plomo.

MONT. Guardias, ujieres,
caballeros.

ESCENA XVIII.

DICHOS, CABALLEROS, DAMAS, UJIERES, GUARDIAS.

MONT. Prendereis
á don Antonio de Ubilla
en cualquier parte que esté.

CONDE. (Asi se manda en España:
prenden sin saber á quién.)
Ved que Ubilla no es Ubilla.

MONT. }
PRINC. } ¿Pues quién es?
AUVIGNI. }

CONDE. Es Lucifer.
PRINC. ¡Habr  simple!
AUVIGNI. ¡Habr  menguado!
MONT. ¡H se visto imbécil!
CONDE. ¡Qué?
PRINC. Si el Conde fuese su cómplice...
(*A Montellano.*)
MONT. Prended al Conde también.
CONDE. Estoy perdido si el diablo
no me viene á socorrer.
MONT. Nada de contemplaciones:
  la Inquisición con él.
CONDE. Socio, socio, socorredme.
MONT. Llevadle al punto.

ESCENA XIX.

DICHOS y UBILLA. * brese la puerta de la cámara real
y aparece UBILLA con un pliego en la mano.*

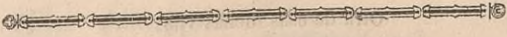
CANTO.

UBILLA. Tened.
El rey   Montellano
depone del poder.
TODOS. ¡Qué escucho!
UBILLA. Que se cumplan
las órdenes del rey.
(*Entrega el pliego   la Princesa, que lo abre
y lee.*)
PRINC. «En virtud del presente decreto destituyo al
Conde de Montellano del cargo de ministro,
mandándole salir desterrado de mi córte en
el término de euarenta y ocho horas.»
CORO. Este mancebo que ha derribado
  Montellano  qu n puede ser?
Y la Princesa muda ha quedado,
y   su presencia tiembla también.
CONDE. (Les he advertido, les he avisado
que no se metan con Lucifer:
yo era un imbécil, yo era un menguado!

- tú lo quisiste, tú te lo ten.
- PRINC. Rota la valla, se pone osado
en lucha abierta con mi poder:
su reto á muerte queda aceptado;
polvo y ceniza he de hacer de él.
- ELISA. Por él mi padre va desterrado:
yo le debiera aborrecer,
pero á su acento enamorado
siento que el alma vive por él.
- UBILLA. Me separaban de vuestro lado,
y vuestra mano iba á perder,
y aun cuando deba morir quemado
nada me arredra si me quereis.
- AUVIGNI { Ante la córte nos ha humillado;
y MONT. { Ha derrocado nuestro poder;
 { á la Princesa tan solo es dado
 { con mano fuerte vengarnos de él.
- LOS DOS. Princesa, al momento
mandadle arrestar:
no queda otro medio:
señor capitán,
prended á ese jóven.
- ELISA y ENRIQ. ¡Oh Dios!
- UBILLA. No temais.
(Acercándose á la Princesa.)
Así que me prendan
las cartas darán
del rey Luis catorce
á su majestad.
Podeis dar la órden.
- PRINC. Señores, atrás. (Azorada.)
- MONT. { Perded, señora, el miedo
AUVIGNI. { á su fascinación,
CORO. { que cien espadas prontas
 { teneis á vuestra voz.
- PRINC. Su aspecto, su mirada
me llenan de terror,
y tengo el alma entera
pendiente de su voz.
No cabe mas que guerra
sin tregua entre los dos:
la sed de la venganza

- me abrasa el corazon.
- ELISA y UBI. Por mas que la esperanza
se aleje de los dos,
con las dificultades
se aumenta mi pasion.
Primero ha de faltarle
su clara luz al sol,
que olvide su ternura,
que falte yo á su amor.
- CONDE. A no llegar á tiempo
mi caro protector,
bien conocida estaba
la voluntad de Dios.
El diablo es solamente
el único de pro,
el solo que me deja
triunfante el pabellon.
- ENRIQ. A todos los que mira
domina por terror,
y como humildes siervos
se rinden á su voz.
- (Momento de espectacion: todos tienen los
ojos fijos en la Princesa, á la cual se acer-
ca Ubilla con suma galanteria.)*
- UBILLA. Princesa, permitidme
por singular favor
que os lleve yo del brazo
á vuestra habitacion.
- (La Princesa se queda un momento perple-
ja, y los Caballeros se precipitan en ade-
man de ejecutar la órden que ella les comu-
nique.)*
- PRINC. Dejadnos libre el paso,
señores, á los dos.
- (Todos retroceden y dejan pasar.)*
- TODOS. Por fuerza es el demonio
en forma de varon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

La PRINCESA sentada, pensativa.

Me parece todavia
un sueño lo acontecido.
¡Qué golpe tan bien urdido
y qué increíble osadial

Tuvo mi suerte en su mano
y el labrar mi perdicion,
y se ha contentado con
derribar á Montellano.

Y con esto hoy le acarician
mil necias aspiraciones;
mas no siempre hay ocasiones
si una vez se desperdician.

No conoce este tablero:
mi juego le enseñará
que en palacio siempre da
dos veces quien da primero.

Y ahora querrá tambien
medrar: es muy natural,
medrará; mas al final
veremos quién mata á quién.

Otra de esas luchas viles
en que el vencer no es hazaña.
Desde que he venido á España
estoy pisando reptiles.

Mi poder me disputó,
y esto solo lo consiento
á quien tenga mas talento
y mas corazon que yo.

RÔMANZA.

Domar mi orgullo,
vencerme á mí
osó el aleve
con alma vil:
es necesario
hoy mismo aqui
sentar mi planta
en su cerviz.

No sabe aun que en las aguas tranquilas
se oyen cantar engañosas sirenas
de negras pupilas,
de voz celestial,
que en el dolor y en el llanto se ceban,
y al deleitar con mentida ternura,
al náufrago llevan
á escollo fatal.

La senda abierta
que va al poder
de gayas flores
la cubriré:
y al derrocarle
podré á mi vez
beber su llanto,
vengarme de él.

ESCENA II.

PRINCESA y un UJER.

UJER. Un jóven de buen talante
una audiencia os implora.

PRINC. ¿Dió su nombre?
UJER. Si, señora:
UBILLA.
PRINC. Pase adelante.

ESCENA III.

La PRINCESA y UBILLA.

UBILLA. Princesa...
PRINC. Hola, ¿qué interés
tanta honra me dispensa?
UBILLA. El gozar la dicha inmensa
de ponerme á vuestros piés.
PRINC. No cuadra á tan buen campeón
actitud tan humilde.
UBILLA. Ahí vereis: ante una hermosa
yo me rindo á discrecion.
PRINC. Mi hermosura va de paso
y perdió ya su arrebol.
UBILLA. Nunca está mas bello el sol
que al caminar al ocaso.
PRINC. ¿Sois poeta?
UBILLA. Aprendiz
de cortesano: hasta ahora
soy lo que llaman, señora,
en la córte, un infeliz.
PRINC. ¡Pobrecito!
UBILLA. A mí me engaña
todo el que se lo proponga:
me han dicho que me disponga
á ser ministro de España.
PRINC. ¡Qué decis!
UBILLA. Que el que se encuentra,
como yo, sin valimiento,
sale y pregunta al talento:
Princesa, ¿por dónde se entra?
PRINC. Por donde os plazca entrareis
si mis leyes aceptais.
UBILLA. ¿Cuáles?
PRINC. Que me devolvais
los papeles que teneis.

- UBILLA. Si ese es el solo registro
por donde pueda yo entrar,
veo, con harto pesar,
que no podré ser ministro.
- PRINC. ¿Por qué?
- UBILLA. Porque aunque me iguale
á sí quien tan bien me trata,
no doy el lazo que me ata
á mujer que tanto vale.
- PRINC. ¿Preferis la vanidad
de verme caer primero?
- UBILLA. Todo lo contrario; quiero
conservar vuestra amistad.
- PRINC. Dadme una prueba primero.
- UBILLA. Me parece que os di hartas.
- PRINC. Devolvedme, pues, las cartas.
- UBILLA. ¿Por qué?
- PRINC. Porque yo las quiero.
- UBILLA. Veo que habré de ceder
si tanto os vais empeñando,
y voy á dáoslas...
- PRINC. ¿Cuándo?
- UBILLA. Cuando salga del poder.
- PRINC. Eso equivale á decir...
- UBILLA. Que el día podeis fijar.
Cuanto mas tarde en entrar
tanto tardaré en salir.
- PRINC. El plazo que habeis fijado
me parece algo importuno:
todavía no he visto uno
que lo deje de buen grado;
y si despues...
- UBILLA. Boberias:
no habrá tiempo de haber guerra:
los ministros de esta tierra
se mudan cada ocho dias.
- PRINC. No es una verdad precisa;
pues si vos quereis mandar
¿quién os podrá derribar?
- UBILLA. Yo mismo me daré prisa.
- PRINC. ¿Y os portareis sin falacias?
- UBILLA. De que lo dudeis me pesa;

PRINC. Adios, ministro. (*Tendiéndole la mano.*)
UBILLA. Princesa, (*Besándola.*)
hasta luego y muchas gracias. (*Váse.*)

ESCENA VI.

La PRINCESA sola.

No dirá que bien apriesa
no le esté favoreciendo.
Apuesto á que anda diciendo
¡qué inocente es la Princesa!
Ya lo irá viendo despues:
de convencerle me encargo,
que á los tontos... Sin embargo,
lo que es tonto, no lo es.
Él sabe discretear
con palabras escogidas:
tiene formas distinguidas,
no se le puede negar.
Y hasta este momento, á mí
me ha tratado con nobleza:
bien mirado, el mozo empieza
dando bastante de sí.
Él sabe buscarse entrada.
á donde entrar le conviene.
Este por lo menos, tiene
la ambicion justificada.
No merece mi desprecio;
mi venganza tal vez sí.
Hoy siquiera no perdí
el tiempo con ningun necio.

ESCENA V.

La PRINCESA y el CONDE.

CONDE. Princesa, si dais permiso...

PRINC. Adelante, pero siento
que el rey me espera.

CONDE. Un momento:
yo soy siempre muy conciso.

Sois bella entre las mejores:
sois un ángel, una huri;
una sirena...

PRINC. Si, si,
pero basta ya de flores.

CONDE. Yo siempre he sido muy manso,
pero á veces, sin querer,
me sucede lo que ayer,
que hablé...

PRINC. Por boca de ganso:
adelante.

CONDE. Me parece
que esa frase es algo dura.

PRINC. ¡Podeis creer!.. ¡Qué locura!
la retiro si os escuece.

CONDE. Decid: ¿nunca os ocurrió,
cuando buskais algun nombre,
proponer al rey un hombre
como... verbi gracia, yo?

PRINC. ¿Para qué?

CONDE. Para ministro.

PRINC. No se me ocurrió á fé mia.

CONDE. Pues haced la prueba un día
y vereis cómo administro.

PRINC. Bien, si.

CONDE. Mi programa oid.

Dar al talento gran precio,
y no consentir un necio
á diez leguas de Madrid.

PRINC. ¿Y en dónde pensais morar?

CONDE. En palacio: si por Dios.

El gobierno...

PRINC. Ciertó, vos

os quedais á gobernar.

CONDE. Y partir en dulce calma
el poder...

PRINC. ¿Conmigo?

CONDE. Pues.

(Qué diestra y ladina es,
pero la he llegado al alma.)

PRINC. Adios, Conde.

CONDE. ¿Os vais, Princesa,

sin darme respuesta alguna?
PRINC. ¡Picarillo!
CONDE. ¡Qué oportuna!
(Vale mas oro que pesa;)
no os olvidaré jamás.
PRINC. Corro del monarca en pos
y me acordaré de vos:
¿quereis mas?
CONDE. No quiero mas.
(Váse la Princesa por el fondo.)

ESCENA VI.

El CONDE solo.

Pues señor, hemos triunfado:
hoy Montellano verá
la diferencia que va
de un caído á un levantado.
¿Qué hago ahora? Lo primero
casarme, porque un casado
siempre es un hombre de estado...
distinto del que es soltero.
Y siempre es cosa oportuna
de la mujer el aviso,
y uno tiene otro... preciso,
y otro... pues, sin duda alguna.
Y no pudiendo negarme
á razon tan concluyente,
me convenzo plenamente
que he de empezar por casarme.

ESCENA VII.

DICHO, ELISA y ENRIQUETA.

CONDE. ¡Cielos! mi linda Enriqueta
con Elisa.
ENRIQ. Adios.
CONDE. Sol mio,
feliz quien de vuestra luz...
ENRIQ. Mil gracias, Conde; decidnos,

¿habeis visto á la Princesa?
CONDE. Hace un momento aqui mismo
dijo, que iba á proponer
al rey el nuevo ministro.
Y espero que muy en breve
sereis ministra...

ENRIQ. No atino...

CONDE. Que el candidato soy yo.

ENRIQ. ¿Vos ministro? Os lo prohibo,
ó no me hableis mas de amor.

CONDE. Hija, los hombres políticos,
cuando el pais lo reclama,
han de hacer el sacrificio
de aceptar.

ENRIQ. Pues si aceptais
no os acepto por marido;
os lo prevengo.

CONDE. Enriqueta,
mirad que hay un compromiso
en que el monarca se empeña
y no sé cómo eludirlo.

ENRIQ. Pues no quiero que tengais
mas poder que el de marido;
y si la patria está sola
que busque un novio: clarito,
que el mio lo quiero yo.

CONDE. Pero mirad que es preciso.

ENRIQ. ¿No veis que vos no servís
para el caso?

CONDE. ¿Que no sirvo?

ENRIQ. Vos sereis un buen esposo...

CONDE. Ya se ve, con ese mimo
hará de mí lo que quiera.
No obstante, el hombre político
ha de tener energia.

ENRIQ. Transijamos.

CONDE. No transijo.

Entre mi patria y mi amor
lo primero es ser ministro.

ENRIQ. Pues yo haré por derribaros.

CONDE. Enriqueta, yo os suplico...

ENRIQ. Guardad silencio, que llega

Montellano.

ESCENA VIII.

DICHOS y MONTELLANO.

- ELISA. ¡Padre mio!
- CONDE. Desde que le he derribado (A Enriqueta.)
está hecho un basilisco.
- ENRIQ. Si no se acuerda de vos. (Al Conde.)
- MONT. Conde, prestadme el servicio
de ir á enseñar á Enriqueta
esos salones magníficos,
que tengo que hablar á Elisa
de un asunto importantísimo.
- CONDE. Está bien. ¿No veis? ya aspira (A Enriqueta.)
á ponerse bien conmigo. (Vanse.)

ESCENA IX.

MONTELLANO y ELISA.

- MONT. ¿Y piensas guardar tu fé
al que fué mi perdicion?
- ELISA. Arrancadme el corazon
y entonces le olvidaré.
- MONT. ¡Mi hija! ¡Una Montellano
ama al que mi honor vulnera?
- ELISA. ¿Y qué queriais que hiciera
cuando iba á perder mi mano?
¿Y cómo no se os alcanza
á vos, que sois tan sagaz,
de todo lo que es capaz
el que pierde la esperanza?
- MONT. Él me ha quitado el poder;
por él, salgo desterrado.
- ELISA. ¿Y por qué habeis olvidado
que os ha defendido ayer?
¿No correspondió á su fama
cuando se lanzó á luchar?
¿Pues por qué le habeis de odiar
sabiendo que Elisa le ama?

MONT. Elisa, porque nací
grande, y grande moriré,
y porque has de dar tu fé
á quien sea igual á tí.

ELISA Y aunque me hagais desgraciada
satisfareis de ese modo
vuestro orgullo para todo,
mi corazon para nada.

MONT. No, que tú eres mi sosten,
mi solo amor, hija mia,
y juro que no tenia
otra mira que tu bien.

Y yo todavía espero
que lo reflexionarás,
y que no le obligarás
á tu padre, á ser severo.

ELISA. Tened de mí compasion:
vuestro cariño es mi ley,
y permitidme que al rey
le pida vuestro perdon.
El cederá.

ESCENA X.

DICHOS y la PRINCESA, que sale de la cámara real.

PRINC. ¡Vos aquí! (*A Montellano.*)

ELISA. ¿Está solo el soberano?

PRINC. Solo está.

ELISA. Él será humano
y tendrá piedad de mí.
(*Entra en la cámara.*)

ESCENA XI.

La PRINCESA y MONTELLANO.

MONT. ¿Quereis deirme, señora,
qué significa el favor
que á Ubilla dais?

PRINC. Si, señor,
os lo diré sin dempra.

- Con un talento robusto
mis reales ha sitiado,
y de bueno ó de mal grado
he de hacer su santo gusto.
- MONT. Y con finezas dobladas
le ensalzareis...
- PRINC. No os asombre:
cuántas manos besa el hombre
que quisiera ver cortadas.
- MONT. Es decir que ese muchacho...
- PRINC. Va á ser ministro.
- MONT. ¡Señora!
¡Él va á ser...
- PRINC. Dentro media hora
secretario del despacho.
- MONT. ¿Es esto alguna comedia,
Princesa? Ved lo que haceis.
- PRINC. Ya veo que no sabeis
ni de la misa la media.
Debeis asombraros, si.
- MONT. Quien con vuestro ingenia cuenta
sabrá...
- PRINC. Darse por contenta
si él no me derriba á mí.
- MONT. Vos os chanceais.
- PRINC. No tal.
Ese mozo siembra y coge.
Gracias que no se le antoje
que le nombre cardenal.
- MONT. Y es capaz de pretender
que Elisa le dé su mano.
- PRINC. Por fortuna el soberano
ha dispuesto de ella ayer.
A solas, con ánsias vivas
rogué al rey de tal manera,
que al fin decidió que diera
su mano al marqués de Rivas.
Y hoy mismo Auvignè tendrá
su nuevo titulo.
- MONT. ¡Bien!
- PRINC. Y será el mismo rey quien
á entrambos nos vengará.

ESCENA XII.

DICHOS y UBILLA.

UBILLA. ¡Señora!...

PRINC. Muy bien venido
sea el ministro novel.

UBILLA. ¡Yo ministro!

MONT. Qué papel
despues de haberlo pedido...

UBILLA. Antes que tal distincion
accepte del soberano,
caballero Montellano,
os debo una explicacion.
No con pretensiones vanas
espereis que á vos me iguale,
cuanto valgo, ni una vale
de vuestras ilustres canas.

PRINC. ¡Qué bien habla!

UBILLA. Sabe Díos
que no os quisiera ofender:
vos me mandasteis crecer
para igualarme con vos.
Bogo en esfera elevada,
Soy ministro, ya lo ois;
mas delante del pais

vos valeis mucho, yo nada.

Si pues con extraño brio
me veis llegar donde estoy,
es porque siguiendo voy
al único bien que ansio.

No por bastarda ambicion
de riqueza y de poder;
por amor á la mujer
que adora mi corazon.

Ya veis con qué fé he luchado
contra mi destino fiero,
sabeis quién es...

MONT. No, ni quiero.

(Por Dics que me ha desarmado)

UBILLA. Vuestro acento conmovido

me asegura que he triunfado.
¡Oh Dios mio! la he ganado.

ESCENA XIII.

DICHOS y ELISA, *que sale de la cámara real.*

- ELISA. ¡Oh Dios mio! le he perdido.
UBILLA. ¿Por qué tan triste y llorosa...
MONT. ¿Hija mia? te ha negado...
ELISA. Ya no saldreis desterrado. (A Montellano.)
No puedo ser vuestra esposa. (A Ubilla.)
UBILLA. Elisa, ¿que estais hablando?
ELISA. Oídme, y podreis juzgar.
Por mi padre fuí á rogar
á los piés del rey llorando,
diciendo, mirad, señor,
que necesito una gracia;
si mi padre está en desgracia
se la acarrea mi amor;
sed vos clemente conmigo.
«Niña, no teneis disculpa:
porque fué de amor la culpa
en el amor os castigo.»
Señor, sed conmigo humano.
«Elisa, el primer deber
de un noble, es obedecer
lo que manda el soberano.
Si á vuestro padre quereis
que le levante la pena,
mostraos dócil y buena,
y bueno me encontrareis.
Por vuestras súplicas vivas
su destierro levantado
le será, cuando hayais dado,
la mano al marqués de Rivas.
Ubilla, ¿qué debí hacer?
UBILLA. Aunque el decirlo me aflija
obrar como buena hija;
lo primero es el deber.
PRINC. Montellano, el tal Ubilla (A Mont. ap.)
nos ha dado una leccion!...

- MONT. Princesa, ese corazon
es el tipo de Castilla.
PRINC. (A todos.) El rey quiere conservar
los fueros de la grandeza.
MONT. Y hoy cumplo con mi nobleza,
don Antonio, con pesar.

MUSICA.

- ELISA. Si alguna vez á solas
me veis llorar,
padre del alma mia,
no me riñais,
que harto castigo
es no dar al que adoro
mas que suspiros.
MONT. Si alguna vez tus lágrimas
quieren brotar,
los besos de tu padre
las secarán.
UBILLA. Si alguna vez á solas
por mí llorais,
el llanto de un ausente
responderá.
Y habrá de fijo
un ángel que recoja
nuestros suspiros.
PRINC. Creíe un ambicioso
cual muchos hay,
y me duele en el alma
su negro afán.
Vuestro genio sin amores
va á tener doble valor,
pues se nace para el mando
cuando muere el corazon.
UBILLA. No, Princesa, muchas gracias;
le renuncio; ya sabeis
que lo grande y generoso

- nos lo inspira una mujer.
 Estos papeles vuelvan á vos,
 que yo no quiero mas galardón.
 Si sed de gloria me atormentó,
 yo la quería para mi amor.
- ELISA. Es necesario tener valor,
 por mas que llore mi corazón,
 y aunque muriendo le diga adios
 solo una senda tiene el honor.
- MONT. A sus deberes ambos á dos
 le sacrifican el corazón:
 ¡viven los cielos! me da rubor
 verlos mas nobles que he sido yo.
- PRINC. Todo su orgullo, todo su amor
 del soberano cede á la voz,
 ¡viven los cielos! que ambos á dos
 fueron mas nobles que he sido yo.

HABLADO.

- Mi mano al fin los recobra;
 pero una duda me asalta:
 ¿están todos?
- UBILLA. Ni uno falta:
 sin ella todo me sobra.
- PRINC. ¿Y cómo corresponder,
 don Antonio, á esa hidalguía?
- UBILLA. Ya veis, lo que yo quería
 vos no lo podeis hacer.
- PRINC. Es verdad. (Sin discurrir
 comprometí al soberano.)
- MONT. Si el rey... (A la Princesa.)
- PRINC. No hay poder humano
 que le haga ya desistir.
- ELISA. Si vuestro influjo se emplea
 (A la Princesa.)
 en labrar nuestra fortuna...
- PRINC. No tengo esperanza alguna.

UBILLA. Adios, Elisa.
PRINC. ¡Ah, qué ideal!
(*Váse precipitadamente á la cámara.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, *el CONDE, ENRIQUETA y CORO de DAMAS y*
CABALLEROS.

CONDE. Señores, el soberano
debe ya haber decidido
quién será el que ha merecido
suceder á Montellano.
ENRIQ. Ved que no os quiero ambicioso.
CONDE. ¡Yo ambicioso! Ya lo veis.
ENRIQ. ¿Verdad que no aceptareis?
CONDE. Es forzoso, hija, es forzoso.
ENRIQ. ¿Entonces por qué venis
disfrazando vuestra mira?
CONDE. Todo buen patricio aspira
á hacer el bien del país.

MUSICA.

CORO. Serán ciertos los rumores
que circulan desde ayer
de ser vos el candidato
mas probable?
CONDE. Puede ser.
El monarca llama en torno
á los hombres de valer.
CORO. No es posible que le nombren.
(*Ap. unos á otros.*)
OTRO. Es muy tonto; puede ser.
CONDE. Ya veis, la opinion pública (*A Enriqueta.*)
me exige el sacrificio:
á tanta y tanta súplica
he de ceder propicio;
venciendo mil escrúpulos
me lanzo á gobernar.
CORO. Bien hecho: sois el único

- que debe aquí mandar.
- CONDE. Si el rey me llama (*Con importancia.*)
le propondré
caminos y canales
que crucen por do quier.
Del mar un brazo
yo traeré,
y toda nuestra escuadra
vendrá á Carabanchel.
Y para grandeza
del nombre español,
asi que hasta Cádiz
un cauce haya abierto,
convertiré en puerto
la puerta del Sol.
- CORO. Oh, qué programa
tan español!
- CONDE. Cuando á la corte
llegue la mar,
la pesca de ballenas
la Mancha explotará,
y á extraños climas
podrá exportar
sus ricas producciones
de esparto y azafran;
y cuando á sus puertas
el mar se verán,
perdiendo los pueblos
su forma grotesca,
en *pueblos de pesca*
se convertirán.
- CORO. Brava es la idea,
bello es el plan.
-

ESCENA ULTIMA.

DICHOS *y la PRINCESA, que salz de la cámara con dos
pliegos en la mano.*

PRINC. Señores, conforme á ley
nombró ya su Majestad

nuevo ministro. Tomad,
(*Da uno al Conde de Montellano.*)
leed la órden del rey.

UBILLA. (*Ap. á la Princesa.*) ¿Y bien?

PRINC. Se mostró reacio,
no ha cedido de su empeño.

UBILLA. Tiene el corazon de leño.

PRINC. Silencio; escuchad despacio.

MONT. Con frases muy expresivas
para don Antonio Ubilla,
(*Despues de ojear el pliego.*)
le nombra el rey de Castilla
ministro y Marqués de Rivas.

UBILLA. ¡Ah! (*Con alegria.*)

PRINC. Ya veis, sigue en su intento.

(*Sonriendo.*)

UBILLA. ¡Ah Princesa! (*Echándose á sus piés.*)

PRINC. Alzad, por Dios,

que al honraros hoy á vos
honro al valor y al talento.

CONDE. Al diablo han ido á nombrar
ministro antes que á mí.

ENRIQ. Me alegro.

CONDE. Asi como asi
yo no pensaba aceptar.

PRINC. Tambien en esta jornada
toca al Conde alguna gloria:

Ved cómo tuve memoria. (*Le da un pliego.*)

CONDE. (*Ap.*) Me mandan á una embajada.

«Abonándome los gastos, (*Leyendo.*)

»se sirve el rey disponer

»que me vaya á... Pinto, á hacer
estudios sobre los pastos.»

ENRIQ. Ya lo veis, vuestra ambicion
empieza á daros que hacer.

CONDE. Vamos á Pinto á comer
el pan de la emigracion.

ELISA. Y yo enmendaré mi yerro. (*A Montellano.*)
dando mi mano al Marqués.

MONT. ¡Qué dócil te has vuelto!

ELISA. Sies

por alzaros el destierro.

(Montellano se la entrega á Ubilla.)

UBILLA. (A Montellano.)
Gracias, señor. (Al Conde.) Vos mañana
partireis sin tregua alguna
ayer os di la fortuna
y hoy os entrego á mi hermana.
CONDE. ¿Cuál es?

UBILLA. La que veis aquí.

CONDE. ¿Vos sois su?... Vamos á ver,
¿es vuestra hermana mujer?

UBILLA. Hombre, yo creo que sí.

CONDE. Es que tengo unas manías
con respecto á ciertos seres...

UBILLA. Pues, amigo, las mujeres
todas son hermanas mías.
Desde la Eva del Eden
las conozco, y son mi encanto.

CONDE. ¡Y conociéndolas tanto!...

UBILLA. Me caso.

CONDE. Pues yo tambien.

Soy todo vuestro. (A Enriqueta.)

¡Oh placer!

ENRIQ. Pero siento...

CONDE. ¿Qué sentís?

ENRIQ. Lo que va á ser del país
con el diablo en el poder.

CANTO FINAL.

Todos. Puede que siendo ministro el diablo
llegue la España dichosa á ser:
quizás él haga que en este infierno
nos entendamos alguna vez.

FIN DE LA ZARZUELA.

GOBIERNO DE PROVINCIA.

Madrid 2 de Diciembre de 1856.

Conforme con el dictámen del Sr. Censor,
puede representarse esta zarzuela.

P. I.

ESCOBAR.

CANTO FINAL.

FIN DE LA ZARZUELA.

GOBIERNO DE ESPAÑA

Madrid 2 de Septiembre de 1888.

Comunicación con el Gobierno del Sr. Conde,
aludiendo representados por el Sr. Conde.

Donde

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
 Ángela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar después de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Acaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 Al cabo de los años mil...
 Alarcon.
 A caza de herencias.
 A caza de cuervos.
 Amante, rival y paje.
 Amor, poder y pelucas.
 Al llegar á Madrid.
 Amar por señas.
 Alumbra á tu víctima.
 Amor de antaño.
 A público agravio pública venganza.
 Antes que te cases...

Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heróico*.
 Bodas de un criminal.

Con razon y sin razon.
 Cañizares y Guevara.
 Como se rompen palabras.
 Cosas suyas.
 Conspirar con buena suerte.
 Cismes, parientes y amigos.
 Coda cuabama á su modo.
 Cocinero y Capitan.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres políticas.
 Calamidades.
 Contrastes.
 Astor y Polux.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.

Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 De audaces es la fortuna.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Delirium remens.
 Disfraces, sustos y enredos.
 Dimas el titiritero.

El anillo del Rey.
 El amor y la moda.

El chal de cachemira.
 El caballero Feudal.
 El cadete.
 Espinas de una flor.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 Entre hobos al juego.
 El escondido y la tapada.
 En mangas de camisa.
 El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
 ¡Está loca!
 Esperanza.
 El Gran Duque.
 El afán de tener novio.
 El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética*.
 ¡En crisis!!!
 El Licenciado Vidriera.
 El Suplicio de Tántalo.
 Echarse en brazos de Dios.
 El rico y el pobre.
 El Justicia de Aragón.
 El Veinticuatro de Febrero.
 El Caballero del milagro.
 El que no cae... resbala.
 El Monarca y el Judío.
 El pollo y la viuda.
 El beso de Judas.
 El Niño perdido.
 El pacto de sangre.
 El alma del Rey García.
 El amor por la ventana.
 El juicio público.
 El todo por el todo.
 El sitio de Sebastopol.
 El querer y el rascar...
 El destino.
 El molino de la ermita.
 El corazón de un padre.
 El gitano.
 El padre del hijo de mi mujer.
 El perro ó yo.
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 En Aranjuez y en Madrid.
 El conde de Selmar.
 El filántropo.
 El collar de perlas.
 El ángel de la casa.
 El que las da las toma.
 El dómene y el mntero.

Faltas juveniles.
 Flor de un día.
 Furor parlamentario.
 Fea y pobre.
 Gato por liebre.
 Hacer cuenta sin la huésped.
 Historia china.
 Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Juana de Arco.
 Judit.
 Jaime el Barbudo.
 Jorge el artesano.
 Juana de Nápoles.
 Juicios de Dios.

La escuela de los amigos.
 Los Amantes de Teruel.
 Los Amantes de Chinchon.
 Los Amores de la niña.
 Las Apariencias.
 La Banda de la Condesa.
 La Baltasara.
 La Creación y el Diluvio.
 La Esposa de Sancho el Bravo.
 Las Flores de don Juan.
 La Gloria del arte.
 Las Guerras civiles.
 La Gitanilla de Madrid.
 La corte del Rey poeta.
 Los empenos de un acaso.
 Las tres manías, ó cada loco con su tema.
 La escala del poder.
 La Hiel en copa de oro.
 La Herencia de un poeta.
 Lecciones de Amor.
 Lorenzo me llamo y Carboner de Toledo.
 Lluven hijos.
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
 La Madre de San Fernando.

La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La Archiduquesita.
La voz de las Provincias.
La Libertad de Florencia.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
La escuela de los perdidos.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madrid.
La Pasión de Jesús.
La alegría de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La flor del valle.
La choza del almadreño.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La conquista de Toledo.
La hiel en copa de oro.
La Libertad de Florencia.
La Vaquera de la Finojosa.
La vida de Juan Soldado.
La Huevo de oro.

La pluma y la espada.

Mal de ojo.
Mi mamá
Misterios de Palacio.
Martín Zurbano.
Mariana Labarú.
Mi suegro y mi mujer.
Marta la flamenca.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!
Navegar á la ventura.

Oráculos de Talía.
Olimpia.

Por una hija!..
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Pescar á río revuelto.
Por la puerta del jardín.
Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.
Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su Imagen.
Simpatía y antipatía.
Sueños de amor y ambición.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y mártir
Todos unos.

Un Amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Una conversacion en diez minutos.
Un dómíne como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una lección de corte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un caballero.
Una falta.
Una noche de Camoens.
Una historia del día.
Un pollito en calzas prietas
Un si y un no.
Un Huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lección de mundo.
Una noche en blanco.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarriña, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Amor y misterio.
A última hora.
Alumbra á este caballero.
Angelica y Medoro.
A Rusia por Valladolid.

Catalina.
Claveyina la Gitana.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Carlos Broschi.
Cupido y Marte.

El Vizconde.
El trompeta del Archiduque.
El amor y el almuerzo.
El Grumete.
El caletero y la maja.
El deirito.
El Valle de Andorra.
El Domino Azul.
El sueño de una noche de verano.
Escenas de Chamberi.
El ensayo de una ópera.
El perro del hortelano.

Entre dos aguas.
El Hijo de familia ó el Lancero
voluntario.
El Sonámbulo.
El diablo en el poder.

Guerra á muerte
Galanteos en Venecia.
Gracias á Dios que está puesta la
mesa.
Gato por liebre.

La litera del Oidor.
La Espada de Bernardo.
La Cotorra.
La cola del diablo.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio.
La Dama del Rey.
La Cacería Real.
Los Jardines del Buen Retiro.
La Hija de la Providencia.
Los Comuneros.
Los dos ciegos.

La Estrella de Madrid (*su mu-*
sica).

Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
La noche de ánimas
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita.
La flor de la serranía.
La Zarzuela.

Moreto.
Mis dos mujeres.
Marina.
Mateo y Matea.

Pedro y Catalina, ó el Gran
Maestro.
Pablito. (Segunda parte de D. Si-
mon.)

Tres para una.

Un día de reinado.
Un sombrero de paja.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40.
cuarto segundo de la izquierda.